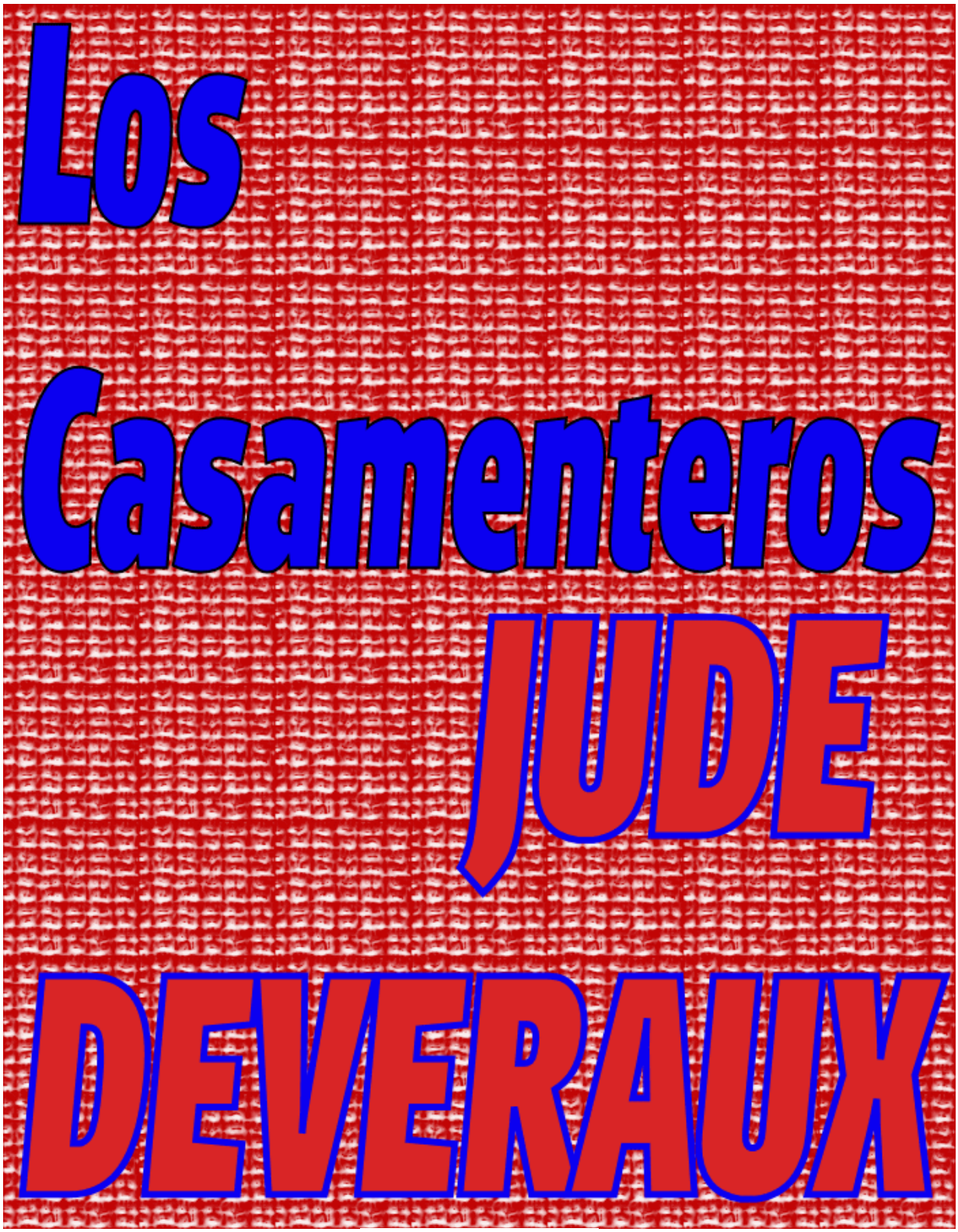
LOS CASAMENTEROS

JUDE DEVERAUX



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capitulo I

Sobre el escritorio de Kane Taggert había un teléfono con un tablero de seis botones, todos los cuales estaban encendidos, pero cuando sonó su línea privada, conectó la línea número seis y esperó. Esa línea privada era para su familia y cualquiera que estuviera relacionado con sus dos pequeños hijos.

-Mamá -dijo, dándose vuelta en la silla para mirar la línea del horizonte de Nueva York-, qué placer inesperado. -No preguntó, pero sabía que su madre deseaba o necesitaba algo: si sólo quería charlar, no lo llamaba mientras estaba abierta la Bolsa.

-Tengo que pedirte un favor.

Kane no gimió, aunque sintió ganas de hacerlo. Hacía cinco meses su hermano mellizo se había casado y, desde entonces, su madre se había mostrado implacable en sus esfuerzos por casar a Kane, su hijo viudo.

-Creo que necesitas unas vacaciones.

Ante eso, Kane sí gimió. Miró el tablero y vio que la línea número cuatro empezaba a titilar, lo cual significabaque Tokio quería comunicarse.

-Cuéntame, mamá -dijo-. ¿ Qué nueva tortura planeaste para mí?

-Tu padre no anda muy bien y...

-Iré para allá.

No, no, nada de eso, Es sólo que su buen corazón lo puso en una situación incómoda y prometí ayudarlo a salir de ella.

Ese era un hecho común en casa de sus padres, Su padre a menudo se ofrecía a ayudar a la gente y se esforzaba demasiado. En un intento por protegerlo, su esposa muchas veces había tenido que hacer de mala para anular su ofrecimiento.

-¿Ahora qué hizo? -preguntó Kane mientras la línea número cuatro se apagaba,

-Ya conoces a nuestro vecino Clem, -Comenzó a explicar quién era Clem para indicar que Kane no visitaba la casa paterna desde hacía tanto tiempo que podría haberse olvidado de un conocido de toda la vida, -A menudo lleva a gente del Este a hacer campamentos, ¿te acuerdas? En fin, el mes pasado llevó a seis hombres y, bueno, fue un poco duro para él, Clem está envejeciendo y esas subidas le resultan difíciles.

Kane no dijo ni una palabra, Clem era tan fuerte y resistente como un potro salvaje, y él sabía muy bien que la salud del vecino no tenía nada que ver con lo que su madre quería que él hiciera.

- En fin, tu padre se ofreció a llevar al siguiente grupo de viajeros

Clem también era bastante tramposo, de modo que si había persuadido engañosamente a Ian Taggert de llevar al siguiente grupo, alguna razón tendría,

-Era un grupo de pesados, supongo,

Pat Taggert suspiró.

-De lo peor. Quejosos, Con miedo de los caballos. El jefe les había "solicitado" que fueran, y no querían estar allí. -La peor clase, ¿ Y de qué convenció Clem a papá esta vez?

Kane percibió algo de enojo en la voz de Pat cuando ella volvió a hablar.

-Parece que Clem supo que el siguiente contingente de turistas era de la misma compañía, sólo que, Kane,..

-¿Cuál es la mala noticia?

-¡Son mujeres! Clem lo supo y le pidió a tu padre que pasara dos semanas como guía de cuatro reacias mujeres de Nueva York en una cabalgata deportiva. ¡Te imaginas! Oh, Kane, no puedes".

Kane se echó a reír .

-Mamá, nunca vas a ganar un Oscar, de modo que termínala de una vez. Quieres que yo, tu hijo viudo, tu pobre y solitario hijo viudo, pase dos semanas con cuatro jóvenes solteras y tal vez encuentre una madre para sus hijos.

-En resumen, sí -admitió Pat, irritada-, ¿ Cómo esperas conocer a alguien si te pasas todo el tiempo trabajando? Esas cuatro mujeres viven en Nueva York, donde tanto tú como Mike han elegido vivir y...

A través de la línea telefónica sisearon mudos reproches porque Kane y su hermano habían abandonado la casa paterna y habían arrancado a los nietos pequeños del lado de sus abuelos,

-La respuesta es un rotundo no -dijo Kane-, jNo! Y eso es todo, mamá, Puedo encontrar a mis propias mujeres sin que tú actúes como casamentera,

-Está bien -dijo Pat con un suspiro-, Vete a atender tus teléfonos,

Sin decir nada más, colgó, Por un momento, Kane contempló el teléfono con las cejas fruncidas, Debería mandarle flores, y tal vez una alhaja. Aun mientras lo pensaba, sabía que las flores y las joyas eran pobres reemplazantes de los nietos.

No llegó a su casa hasta las ocho de esa noche, y ya su cuñada Samantha había arropado a los chicos en sus camas. Su hermano Mike estaba en el gimnasio, de modo que Sam se hallaba sola; después de besar a sus hijos dormidos, Kane se encontró con ella en la sala. Tenía un enorme embarazo; su mano no abandonaba la parte inferior de su espalda mientras ella deambulaba por la casa encargándose de dos hombres y dos niños activos de cinco años, Kane tenía su propio departamento en Nueva York, un lugar desprovisto de todo, lleno en su ma yor parte de juguetes infantiles, y también tenía un lugar en la casa de sus padres, en Colorado, pero después de que su hermano le hubo presentado a Samantha, Kane y sus hijos se habían ido mudando gradualmente a la casa de Mike en la ciudad. ESO había sido provocado por Samantha, pensaba Kane. Sam deseaba una familia y, si eso era lo que Sam quería, entonces Mike iba a dárselo.

Sin preguntar, Sam le trajo a Kane una cerveza en un jarro enfriado. Él le había dicho miles de veces que no debía encargarse de atenderlo, pero Sam tenía la cabeza muy dura. Dejó a un lado la cerveza, se puso de pie y la a yudó a instalarse en una de las sillas de cuero de Mike. No estaba pesada, pero resultaba tan manejable como un dirigible.

-Gracias -dijo ella, luego hizo un gesto hacia la cerveza-. Anulo el objetivo de atenderte si debes levantarte para ayudarme, ¿no es cierto?

Sonriéndole, él se sentó y tomó la mitad de la cerveza de un solo sorbo. A veces deseaba tanto lo que poseía su hermano que era como si una llama amenazara con quemarlo. Deseaba una esposa que lo amara a él ya sus hijos; deseaba una casa propia; deseaba dejar de vivir indirectamente a través de su hermano.

-Vamos, cuéntame todo.

-¿Que te cuente qué?

-Ni tú ni Mike pueden disimular. ¿Qué te preocupa?

-Tú, quería decir él. El querer a mi cuñada y comenzar a odiar a mi hermano.

-Kane -dijo Sam-, deja de mirarme así y háblame. Dime qué te preocupa.

No podía decirle la verdad, de modo que le contó lo de la llamada de la madre.

-¿Qué vas a hacer? -quiso saber Sam.

Kane ni había soñado con aceptar la invitación de su madre, pero de repente pensó en pasar dos semanas solo en el desierto de alta montaña, con cuatro mujeres interesadas en él. Si eran mujeres de Nueva York, se asustarían ante los espacios abiertos y los ruidos de la noche; además, siempre se enamoraban del vaquero que las guiaba. Muéstrale a una neoyorquina un hombre con una camisa de algodón, vaqueros ajustados y un par de botas gastadas, y será toda tuya. Levanta la pierna sobre el lomo de un caballo, y probablemente se desmayará.

Mientras terminaba la cerveza, sonrió. Podría resultar agradable que una mujer lo mirara con ojos brillantes. Samantha miraba a Mike como si fuera un dios del Olimpo, y sus propios hijos miraban a Sam como si fuera la única madre que hubieran tenido.

-¿Estás pensando en -Tal vez -respondió Kane al otra cerveza. ¿Te traigo algo?

-Sobre la mesada de la cocina hay un fax de Pat. Describe a las mujeres que irán en la excursión.

Kane la miró sorprendido, pero Sam se limitó a encogerse de hombros.

-Llamó y dijo que esperaba que cambiaras de idea. Kane, una de las mujeres es viuda. Hace tres años tuvo un accidente de auto donde su marido murió y ella perdió un embarazo.

Cuando fue a la cocina, Kane tomó el fax y lo leyó. La viuda se llamaba Ruth Edwards, y su madre hasta había encontrado una foto de ella. Aun en la mala reproducción se notaba que era hermosa, tan alta, de piernas tan largas y de pelo tan oscuro como había sido su querida esposa.

Rápidamente, Kane leyó lo de las otras mujeres. Una era ayudante de un peluquero, otra estaba al frente de un negocio de para psicología en el Village, y la cuarta era una bonita rubia de poca estatura cuyo nombre le resultaba vagamente familiar .

-Escribe novelas de misterio – dijo Sam por encima del hombro.

Estaba tan cerca que su vientre rozaba el costado de él, pero la distancia entre el frente de su vientre y su cabeza daba la impresión de que su cara estuviera a un metro.

-¿Leíste alguna?

-Las leí todas. Las compro apenas llegan a la librería. -Hablando de escritores, ¿cómo va el libro de Mike?

-Nuestro libro -corrigió ella con énfasis, aunque sabía que Kane estaba bromeando- será publicado dentro de seis meses. -Hablaba de la biografía que habían escrito ella y Mike, El cirujano, con el seudónimo del autor formado por su apellido de soltera y el apellido de Mike. Elliot Taggert. -¿Y? -dijo impaciente-. ¿Vas a ir?

-¿Te encargarás de los chicos?

Era una pregunta retórica, y ambos lo sabían. -Siempre me encargaré de ellos.

-Precisamente por eso creo que iré a echarles un vistazo a las señoras de mamá.

Los ojos de Sam brillaron. -Pat mandará el jet de la familia para recogerte a las ocho de la mañana. Ya salió de Denver.

Kane no sabía si reír o gemir. Al final hizo las dos cosas, luego rodeó con un brazo los hombros de Sam y le dio un beso en la mejilla.

-¿Se me ve tan solo como dan a entender ustedes, las mujeres?

Más, pensó Sam, pero no le contestó. Se alegraba porque iba a estar con gente.

CAPITULO II

¿Saben qué es lo que más ahuyenta a un hombre? No, no es reírse de él cuando se halla preso en las garras de la pasión. El más garantizado, absoluto y total medio de ahuyentarlo es decirle que una gana más dinero que él.

Los hombres consideran correcto que una señora chiflada de poco cerebro herede millones; después de todo, algún hombre ganó ese dinero. Pero permítanme decirles una cosa: a los hombres no les gusta oír que una persona de sexo femenino ganó un millón y cuarto de dólares el año pasado; menos aún, que administra ese dinero con su cabecita incoherente, sin la ayuda de ningún hombre.

Hace cinco años, cuando yo tenía veinticinco, tenía un empleo aburrido que había agotado sus posibilidades -cuanto menos hable de eso, mejor- y vivía en un pueblo aburrido, en algun lugar del Medio Oeste del cual quiero hablar menos todavía. Como siempre lo hice para

evitar el estancamiento de mi mente, me contaba historias. Ya lo sé, eso está aun cuarto de milímetro de tener una personalidad dividida, pero a edad muy temprana descubrí que o me evadía o me volvía loca. Mi padre se asustaba de su propia sombra y, en consecuencia, exigía la permanente obediencia de su familia. Yo debía ponerme lo que él dictaminaba, comer lo que él decidía, gustar de lo que él decretaba, moverme de acuerdo con sus indicaciones. Controló cada fragmento de mi vida hasta que me escapé, a loS dieciocho años, pero antes de eso yo había descubierto que él no podía controlar una parte de mí: mi mente. Podían obligarme a ponerme algo azul cuando deseaba usar algo rojo, y tal vez me habían prohibido tomar ginger ale porque al viejo no le gustaba, pero dentro de mi cabeza yo era libre. Con mis pensamientos hacía lo que quería, iba adonde deseaba, decía todas las cosas inteligentes que se me ocurrían, y me alababan por decirlas. (Mi padre tenía cierta tendencia a abofetear las bocas ingeniosas, lo cual resultaba muy efectivo para lograr que una se guardara las propias ideas.

A los veinticinco años, viviendo a pocos kilómetros de mis padres y haciendo lo imposible por ahorrar para un pasaje sin regreso, escribí una de mis historias. Era el relato de un crimen misterioso; la asesina era una joven que se había desembarazado de un padre tiránico. Después de escribirla, pensé: "jQué diablos!", y la mandé por correo a una editorial sin creer que la aceptarían. Supongo que hay muchas personas cansadas de padres y esposos que les dirigen la vida, porque veintiocho días más tarde recibí una carta donde me preguntaban si por favor podrían publicar mi historia y mandarme un montón de dinero.

Pensé, y todavía lo hago: "!Qué gran truco! Esta gente quiere pagarme por algo que hice toda mi vida".

Con el dinero que me mandaron me mudé a Nueva York. Nunca antes había estado en la gran ciudad, pero parecía que ése era el lugar adonde iban los escritores. Y allí estaba ahora; ya no era un insignificante ser aburrido y al borde de la esquizofrenia. Alquilé un departamentito y compré una computadora.

Durante los cuatro años siguientes casi no levanté la vista de las teclas mientras escribía una historia tras otra. Maté aun tío que no me gustaba. Maté a varios compañeros de trabajo que me habían tratado con arrogancia, y en mis libros, muy vendidos, maté a todo el grupo de chicas que alentaba a nuestro equipo en mi escuela secundaria.

Durante esos cuatro años vislumbré un mundo muy distinto de aquel donde había crecido. A la gente le impresionaba mi capacidad. Estoy segura de haber mencionado que mi padre era un tirano, ¿pero acaso mencioné que era la más perezosa de los seres vivientes? De acuerdo con mis propias impresiones, en materia de trabajo se mostraba tímido, asustado ante las responsabilidades, de modo que permitía que los demás le pasaran por encima. Luego, cuando llegaba a casa, se desquitaba conmigo. Hacía mucho que mi madre había huido hacia su propio país de ensueños, ya él no le resultaba divertido meterse con ella. Yo, por otra parte, le daba grandes satisfacciones porque lloraba y sufría y ardía y sentía la injusticia de todo eso.

Pero a pesar de todas sus imperfecciones, mi padre me había convertido en una persona competente, sin miedos. Después de haber vivido con un hombre como mi padre, créanme, nada de lo que te diga o te haga otra persona puede lastimarte en la misma forma. Los sádicos estudian a sus víctimas; la mayoría de la gente está demasiado absorbida en sus problemas y no le dan importancia a eso. Entonces, gracias al entrenamiento que había recibido en mi infancia, me convertí en una muy competente mujer de negocios. Escribí sin parar , negocié mis propios contratos, invertí el dinero que ganaba sin la ayuda de nadie y, al finalizar esos cuatro años, me compré un departamento con terraza en Park Avenue. Había llegado, y había llegado a lo grande.

¿Y qué pasaba con mi vida íntima? No existía. Mi editora me sacaba a pasear de vez en cuando y, cuando escribía sin interrupciones durante días, hasta me traía comida. Pero las editoras no te traen citas con hombres. Las autoras que se enamoran, las autoras que son sociables, no escriben. Creo que si el tema fuera dejado en manos de las editoriales, encerrarían

a sus escritoras de best-sellers en las torres de Park Avenue, les mandarían comida y nunca les permitirían salir.

De modo que, después de cinco años de escribir, después de ganar millones, después de haber llegado a gozar de renombre mundial, decidí aceptar la invitación de Ruth Edward para ir a una excursión de dos semanas al salvaje mundo de Colorado.

Después de ver la película Mequetrefes de la ciudad, el jefe de Ruth había decidido que sería una buena experiencia de vida, para sus gerentes masculinos de más alto nivel, asistir a una cabalgata deportiva y traer a la vuelta un ternero o algo parecido, de modo que, por supuesto, ellos fueron. Por desgracia, el jefe decidió a último momento que su matrimonio era muy importante, así que se fue a las Bermudas con su esposa y dejó que sus empleados se las arreglaran con los porotos y la carne recalentada. Por supuesto, cuando volvieron, todos esos hombres dijeron que habían vivido una experiencia magnífica. Después del regreso de los hombres, el jefe dijo también que todas sus ejecutivas deberían realizar la misma excursión y acceder a esa profunda paz interior experimentada por el personal masculino. Dado que la única mujer que no era secretaria -y que se había hecho cargo de la empresa mientras los hombres viajaban a Colorado- era Ruth, le dijeron que eligiera a tres amigas y que fuera con ellas.

Fue entonces cuando Ruth me llamó. Ni la más fértil de las imaginaciones podría haber llamado amiga mía a Ruth. Habíamos estado juntas en la universidad y en primer año nuestros cuartos se hallaban uno frente al otro. Ruth había crecido en medio de la riqueza, con padres afectuosos cuyo objetivo en la vida había sido darle a su hija todo lo que deseaba, mientras que yo estudiaba con becas estatales y volvía a casa todos los fines de semana para hacer cosas como cortar el pasto y lavar la ropa y satisfacer la insaciable necesidad de mi padre de menospreciar a alguien. Nuestros antecedentes no tenían tanto en común como para charlar sobre ellos.

Además, estaba la propia Ruth. Era alta, con una abundante cabellera oscura que siempre le obedecía, ropa espectacular y con un grupo de compañeras de cutis arruinado, excedidas de peso y mirada atontada, que la seguian.

Como yo siempre había tenido la nariz metida en un libro y sólo observaba a Ruth de lejos (sí, está bien, la observaba con envidia, imaginando que yo era un patito feo y que algún día crecería diez centímetros, que mi pelo se enrularía y que me convertiría en un éxito social en lugar de hacer siempre el comentario equivocado en el momento equivocado), o no tenía idea de que ella estuviera al tanto de mi existencia.

Subestimé a Ruth. No hay que subestimar a ninguna mujer que se abre camino en su campo y llega a la cima a fuerza de garra.

Me llamó y me dijo lo orgullosa que estaba de mi éxito, que había seguido mi carrera durante años, y que en la universidad me envidiaba.

-¿En serio? -me oí decir, con los ojos tan abiertos como los de una niña-. ¿Tú me envidiabas a mí?

Aun cuando una parte de mí misma me advertía que todo lo que ella afirmaba era una tontería, me sentí halagada. Me contó que solía observarme en las clases y ver que los demás estudiantes me respetaban, aunque lo que yo recuerdo es que los demás trataban de que yo les escribiera las monografías. Pero Ruth parecía deseosa de seguir eternamente con sus alabanzas, de modo que se lo permití. Lo que la gente no entiende en los escritores es su desesperada necesidad de aprobación. Hay un dicho: "Si quieres escribir, ten la peor infancia a la cual puedas sobrevivir". Cuando era niña, hice lo imposible por conseguir la aprobación de mi padre: hacía la letra " A " derecha, me ocupaba del noventa por ciento de las tareas domésticas, era inteligente cuando consideraba que él deseaba que me mostrara inteligente, y trataba de deducir cuándo debía permanecer en silencio. Su dicha consistía en cambiar las reglas sin avisarme. Yo vería mi vida como la de los patitos en el campo de tiro de los parques de diversiones. Pasaría por allí y, a veces, sería derribada por el hombre del rifle; otras veces

sobreviviría. Todo eso contribuyó para formar una adulta que haría cualquier cosa por una alabanza. El dinero no podía comprarme, los gritos de la gente nunca me obligaron a hacer nada que no quisiera, pero denme seis palabras de alabanza y soy toda de ustedes.

De modo que Ruth me dijo muchas cosas agradables sobre mí y me contó que había leído todos mis libros. Extrañamente, su favorito resultó ser uno en el que la protagonista se inspiraba en ella. Hasta había hecho que el asesino le afeitara la cabeza, las cejas y las pestañas para que se la viera espantosa en el cajón.

En fin, Ruth me dijo que debía hacer ese viaje a Colorado y que deseaba mi participación en él para poder "renovar" nuestra amistad.

Odio decir que todo eso se me subió a la cabeza. Pensaba que, ahora que era rica y triunfadora, las mujeres como Ruth me considerarían su igual. Basta de ser una pueblerina insig nificante. Ahora era Alguien.

Por desgracia, una vez más subestimé a Ruth, o quizá la sobrestimé, porque, tan pronto como llegué a Colorado, me di cuenta de que me había invitado para impresionar a su jefe. Cuando volviera a su oficina de Nueva York, podría decirle que había invitado a su buena y querida amiga de toda la vida, la autora de best-sellers Cale Anderson.

No se necesitaba ser detective para deducirlo. Al verme bajar del avioncito de juguete en un lugar llamado Chandler, Colorado, Ruth atravesó corriendo la pista de aterrizaje asfaltada y me abrazó. Detrás de ella, igual que en la universidad, había dos mujeres que miraban a Ruth con ojos de adoración. -Cale -dijo Ruth-, te presento a Maggie ya Winnie.

No me dijeron quién era quién, pero una era gorda y me guiñó un ojo; la otra era baja y delgada y enseguida supe que iba a darme una conferencia sobre hierbas medicinales.

Mientras las saludaba pensé en volver corriendo al avión, pero el piloto ya estaba traqueteando a lo largo de la pista. Había dos hangares; uno estaba cerrado y el otro albergaba –1o juro por Dios- un biplano de la primera Guerra Mundial. Volví a mirar a Ruth y decidí que, después de todo, ella y sus satélites no estaban tan mal.

Pero entonces Ruth dijo, sonriendo por encima del hombro:

-Querida Cale, no te molestará ser buenita y llevar mi valija azul, ¿ verdad? De veras no puedo hacerlo yo sola.

¿ Cómo hago para negociar contratos millonarios y conseguir lo que quiero, cómo puedo escribir sobre mujeres que se manejan sin ayuda de nadie y, cuando me enfrento a una mujer semejante a Ruth, lo único que consigo es irritarme y llevarle su maldita valija? ¿Es porque mi madre no me quiso? Por todos los demonios, mi madre no sabía que yo existía a menos que el baño necesitara una limpieza, de modo que todo haría su poner que yo despreciaría a las mujeres. En cambio, hago lo imposible por lograr resultarle agradable a una de ellas.

De modo que aquí estoy, con mi interior sano y furioso, y mi exterior llevando con torpeza la infame valija de Ruth más tres mías, siguiendo a sus dos admiradoras, también cargadas con equipaje de Ruth, mientras su alteza real avanza hacia quién sabe dónde. Nosotras éramos los soldados de infantería y ella, el general.

Al llegar al final de la pista -era un campo de aterrizaje privado, de manera que no había ninguna confortable sala de espera- Ruth se detuvo y con un gesto vago nos indicó que bajáramos su equipaje.

Oh, gracias, bondadosa señora, pensé, y dejé caer su valija no demasiado cara y me senté encima.

Ruth, con sus dos cachorritas que levantaban la vista hacia ella -por lo que sé, nunca tuvo una acólita tan alta como ella, o más; le gustaban bajas y sin pretensiones-, dijo:

-Se suponía que alguien iba a estar esperándonos. -Frunció la frente mientras recorría con la vista la pista asfaltada.

No se veía a nadie, y por alguna razón dudé que Ruth hubiera enfrentado alguna vez la experiencia de que la dejaran esperando.

No me habían comentado mucho acerca del viaje. Las instrucciones de Ruth habían sido imprecisas, pero en su momento me había hablado de lo mucho que le había gustado Basta de reuniones estimulantes. Era una de mis mejores tramas: una estudiante de escuela secundaria está harta de perder su

clase de química de los viernes por tener que sentarse en un

gimnasio y estimular con sus vítores aun montón de tipos ala caza de una pelota, de modo que hace volar a todo el grupo de chicas que alentaba a los jugadores; de esa manera prueba que la química resulta más útil que el fútbol. En fin, yo me regodeaba con las alabanzas de Ruth, así que, cuando aseguró que se encargaría de la organización, acepté con alegría. Después de todo, en ese momento estaba convencida de que ella era uno de los más grandes genios de nuestro tiempo.

En consecuencia, allí estaba yo, sentada bajo el sol de Colorado. Mi único consuelo residía en saber que escribiría un libro basado en esa experiencia. Tal vez el asesino sería una autora de novelas de misterio. Mataría a una morocha alta llamada Edwina Ruthan y jamás la atraparían. O tal vez al final el detective diría: '¡Sé que usted lo hizo! pero como he salido con Edwina también sé que usted le hizo un favor al mundo Queda libre. Sólo que... no lo vuelva a hacer".

Claro, eso no pasaría nunca, porque las unicas personas que adoraban a Ruth más que a su propia vida eran hombres. Hombres bajos, hombres altos, hombres feos, hombres atractivos, lo que fuera... todos la adoraban. De alguna manera, todo el metro setenta de Ruth lograba que los hombres creyeran que era pequeña y simpática y desamparada. Como si King Kong necesitara ayuda.

Más o menos dos minutos después de mi decisión de abandonar el estado de Colorado para siempre, una camioneta azul hizo chirriar sus frenos frente a nosotras. El "nosotras" es un eufemismo. La camioneta se detuvo para que el conductor pudiera mirar a Ruth. Las demás -acaloradas, cansadas, aburridas, sentadas sobre las valijas de Ruth- contemplábamos la pintura desvaída del guardabarros.

Levanté la vista hacia Ruth y, cuando vi el cambio en su expresión, supe que el conductor debía de estar a mitad de camino entre la pubertad y la menopausia: su ceño desapareció de inmediato y fue reemplazado por una mirada insinuante, mientras ella se acomodaba en el lado del pasajero de la camioneta.

-¿ Usted es el señor Taggert? -ronroneó.

Me gustaría poder ronronear así. Aun cuando el conductor hubiera sido el mismísimo Mel Gibson yo habría comentado: "Llega con atraso".

Una voz masculina retumbó en la camioneta; incluso yo percibí la masculinidad que había en ella. Una de dos: 0 el conductor era un enorme vaquero padrillo, o era un toro amaestrado.

Ruth pestañeó varias veces antes de volver a hablar. -No, claro que no llega con atraso. Nosotras nos adelantamos.

Realmente asqueroso.

-Claro que lo perdonamos, ¿no es cierto, chicas? -preguntó Ruth, mirándonos con ojos de adoración.

Hacía tanto que no me decían "chica", que casi me gustó.

La puerta del lado del conductor se abrió y vi ante mi cara el enorme neumático relevado de su peso. Habían mandado al grandote. Todavía aburrida, mientras me preguntaba si en ese pueblo alejado de todo aceptarian la American Express para poder irme, observé sus pies mientras él daba la vuelta alrededor de la camioneta. Llevaba botas de vaquero, pero no eran de cuero exótico y parecían muy usadas.

Justo cuando el hombre rodeaba la parte trasera de la camioneta, estornudé, de modo que fui la última en verlo.

Estupendo, pensé al sonarme la nariz; mandan a un bonito vaquero para deslumbrar a las damas de la ciudad.

Me avergüenza decir que, cuando por fin levanté la vista, reaccioné con tanto deslumbramiento como las otras tres. Se llamaba Kane Taggert y era maravilloso: pelo negro enrulado, ojos negros, piel tostada, hombros que hasta un alce envidiaría, y una expresión dulce, cortés, que me hizo temblar las rodillas. Si no hubiera estado sentada, podría haberme caído.

Ruth, sin dejar de mover las pestañas, nos presentó, y él extendió una mano para estrechar la mía. Me quedé sentada, mirándolo.

-Estamos un poco cansadas -explicó Ruth, y me miró con ojos relampagueantes antes de tomar su valija más grande e intentar ubicarla en la parte trasera de la camioneta. Había aprendido hacía mucho tiempo que la manera más rápida de hacerse notar por los hombres era empezar a hacer alguna tarea masculina.

Al instante, Taggert el Vaquero dejó de mirarme como si tratara de recordar sus habilidades en el lenguaje de las señas y se dio vuelta para ayudar ala querida Ruth con su equipaje. Personalmente, me sorprendí al ver que ella sabía dónde estaba la manija: no la había visto tocarla antes.

Fue en ese momento cuando todos oímos el sonido que habíamos oído mil veces en el cine pero que nunca habíamos deseado percibir en la vida real: el cascabeleo de una serpiente. El señor Taggert sostenía una enorme valija entre los brazos y Ruth, parada tan cerca de él que rogué no hubiera olvidado los anticonceptivos, se hallaba a su izquierda. A pocos centímetros de su pie había una serpiente de cascabel que parecía apunto de tomarse las cosas muy en serio.

Muy lentamente, el señor Targett me habló a mí porque yo era la que se encontraba más lejos de la serpiente y más cerca de la puerta de la camioneta. -Abra la puerta -dijo con calma y paciencia-. Debajo del asiento del conductor hay una pistola. Sáquela y, muy despacio, venga hasta aquí y démela.

Aunque sea yo quien lo diga, mi mente trabaja velozmente en las emergencias. No soy de esas personas que se quedan duras, y en ese preciso instante vi cosas equivocadas en ese plan. Una: ¿cómo iba a disparar ese hombre, si sus brazos estaban ocupados con los cuarenta kilos de la valija de Ruth? y dos: me llevaría mucho tiempo rodear la camioneta, más tiempo quizá del que la serpiente estaba dispuesta a darle a Ruth.

Con lentitud, abrí la puerta de la camioneta. Yo era lo único que se movía excepto los cascabeles de la serpiente, los cuales se oían horriblemente bien en medio del campo barrido por el viento. También con gran lentitud, me incliné dentro de la camioneta y, cuando saqué la pistola, suspiré aliviada. Esperaba que no fuera uno de esos pesados revólveres que requieren las manos de un leñador para dispararlos. Era un arma pequeña y pulcra de tiro rápido; todo lo que uno debía hacer era sacar el seguro, apuntar, disparar.

Y eso fue lo que hice. Temblaba un poco, de manera que no le arranqué la cabeza por completo a la pobre serpiente -después de todo, subestimé, sólo deseaba el calor de la valija de Ruth-, pero sí la maté.

Entonces todo pasó en forma simultánea. El vaquero dejó caer la valija justo a tiempo para recibir a Ruth cuando ella se desmayó en sus brazos grandes y fuertes, mientras Winnie y Maggie caían sollozando una contra otra.

Yo me quedé parada, con el revólver humeante en la mano. Al ver a Ruth acurrucada estéticamente en los brazos bronceados del vaquero, hice mi mejor imitación de Matt Dillon y, con las piernas abiertas, soplé el cañón del arma y me lo metí en el bolsillo de la blusa.

-Bien, Tex -dije, arrastrando las palabras-, ahí va otro para el cementerio de los que mueren con las botas puestas.

No se necesitaba un título en psicología para saber que el vaquero estaba enojado. De hecho, parecía muy deseoso de rodearme el cuello con las manos ya pretar , pero dado que sus manos estaban tan ocupadas con el desfalleciente cuerpo de Ruth, no pudo hacer otra cosa que

mirarme con ojos relampagueantes. A pesar de su impedimento, cuando empezÓ a caminar hacia mí me hice a un lado. No creo que permitan asesinatos públicos en Colorado, pero no quería desafiar ala suerte.

Sin embargo, él se limitó a deslizar su preciosa carga sobre el asiento de la camioneta -Ruth seguía con su acto de la muerte del cisne, aunque por el aleteo de sus pestañas supe que estaba tan despierta como yo- y le dijo a la admiradora delgada que se sentara junto a ella. Creo que habría cerrado la puerta con un golpe, pero el ruido podría haber molestado a la Bella Durmiente.

Winnie -o ¿Maggie?- y yo permanecimos aun costado mientras él arrojaba valijas, de a cuatro por vez, hasta llenar la parte trasera de la camioneta.

-Suba -le dijo a la restante favorita de Ruth, y ella obedeció con la velocidad, aunque no con la gracia, de una

gacela.

Luego se volvió hacia mí con la cara en llamas, y en ese preciso instante decidí que no subiría a la camioneta para que él me llevara quién sabía adónde.

-Mire -dije mientras retrocedía-, lo único que hice fue dispararle a la serpiente. Lamento haber ofendido su sensibilidad masculina, pero...

Tal vez no fuera ésa la manera de hablarle aun vaquero. Hay una razón por la cual los hombres corpulentos y hermosos son buenos jinetes y los pequeños y débiles son todo cerebro. Es como si Dios hubiera tratado de equilibrar las cosas, como si hubiera dicho: "Tú tendrás belleza pero no inteligencia, y tú, el de allá, tendrás inteligencia pero no belleza" .En consecuencia, hablarle a esa criatura de excelente físico sobre los puntos más sobresalientes de la psicología tal vez no fuera lo mejor. Me pregunté si sabría leer y escribir.

-Cuando yo doy una orden, usted debe obedecerla, ¿me entiende?

De repente, ya no estaba en Colorado. Ya no era una escritora premiada; me había convertido de nuevo en una niñita cuyo padre controlaba todo. Tan rápidamente como me sentí transportada hacia atrás, regresé al presente, pero toda la rabia que esa niñita había sentido todavía estaba en mí.

-¡Al demonio con las órdenes! -repliqué, y comencé a rodear la camioneta.

Cuando me puso las manos encima, enloquecí. Nadie me había tocado en un momento de cólera desde que huí de la casa de mi padre, y nadie lo haría ahora. Pateé, mordí y luché y rasguñé para alejarme de él. No sé cuánto tiempo peleé hasta volver a la realidad del presente y darme cuenta de que tenía sus manos sobre mis hombros y me estaba sacudiendo. Ruth y su seguidora delgada me espiaban por una ventanilla de la camioneta, y la que estaba atrás se escondía entre las valijas de Ruth como si tuviera miedo de que a continuación yo la atacara a ella.

-¿Se siente bien? -preguntó el vaquero.

Había tres marcas sanguinolentas en su hermosa cara, y era yo quien las había dejado allí. N o podía mirarlo. -Quiero volver a casa -logré decir.

Volver a mi bonito departamento, lejos de Ruth y su vaquero. Lejos de mi vergüenza.

-Está bien -repuso él como si le estuviera hablando a una persona loca, peligrosa-. Cuando lleguemos a la finca haré los arreglos para su regreso, pero desde aquí no tenemos nada. ¿Me entiende?

Odié su tono complaciente y, cuando volví a mirarlo, no lo vi tan hermoso como antes.

-No, no lo entiendo. Tal vez debería hablar más despacio, o tal vez debería llamar a los hombres de uniforme blanco.

No pareció encontrar divertido mi comentario mientras me levantaba por la cintura y me tiraba en la camioneta con toda la galantería que había empleado con las valijas. Casi salgo por el otro lado cuando puso en marcha el motor, pero por suerte aterricé indemne sobre la blanda forma de Winnie/ Maggie. No me molesté en preguntar cuál de las dos era.

Yo, una escritora de fama internacional, me hallaba sentada en la parte trasera de una camioneta sucia. Una pesada valija comenzaba a hacer presión sobre mi tobillo derecho, y cuatro personas pensaban que estaba loca. ¿Acaso Mary Higgings Clark pasó por esto?

CAPITULO III

-¿Qué te pasó? -preguntó Sandy al levantar la vista desde la mesa de la cocina al ver la cara furiosa de Kane y los tres rasguños.

Kane no respondió hasta no haberse servido y tomado un saludable trago de whisky MacTarvit.

-Tengo estas marcas por ser un tonto -dijo, mientras volvía a llenar el vaso y se daba vuelta hacia el hombre mayor-. ¿Escribieron algún libro sobre ese asunto de madre e hijo?

Sandy sonrió, y la cara se le plegó en una multitud de arrugas causadas por muchos años de exposición al sol de las grandes alturas.

-Unos cientos, quizá miles -respondió-. ¿ Qué hizo Pat ahora?

-Me convenció de que trajera a la montaña aun grupo de idiotas. Me hizo sentir culpable por los chicos y se interrumpio para tomar otro trago de whisky. -¿ Conociste a esas mujeres?

-No -dijo Sandy-. ¿Por qué no me hablas de ellas?

Kane sacudió la cabeza en un gesto de incredulidad.

-Una me puso la mano dentro de la camisa para tocarme, otra me hizo preguntas sobre el funcionamiento de mis intestinos, y la otra...

Sandy frunció el entrecejo cuando Kane tomó otro trago; sabía que no era un gran bebedor .

-La otra casi me pegó un tiro y luego se convirtió en una loca enfurecida. Si no nos mata mientras dormimos, por lo menos va a aterrorizar a los caballos.

-¿y qué pasa con la cuarta?

Kane sonrió.

-Ah, claro, Ruth.

Sandy tuvo que darse vuelta para que Kane no le viera la sonrisa. Pat había dicho muy claramente que el romance era el motivo para obligar a su hijo viudo a guiar a las mujeres en esa excursión y, si la tonta expresión de la cara de Kane era una señal de lo que estaba sucediendo, parecía que el plan daba buenos resultados.

-Debo regresar adonde las dejé. Ni quiero pensar en lo que puede llegar a hacer la loca. En la casa principal hay rifles, y tal vez decida encarnar a Annie Oakley.

-¿La situación es tan mala? -preguntó Sandy con las cejas fruncidas.

-Peor que mala. -Kane terminó su bebida. -Quiero que le envíes un mensaje por radio a papá para que mande un helicóptero a buscarla. No quiero tenerla cerca; es peligrosa.

-Frank se llevó el helicóptero al estado de Washington.

Por algo relacionado con los molinos Tynan.

-¡Maldición! -exclamó Kane en voz baja-. Mira, llama a papá por radio y dile que mande un medio de transporte en forma urgente. Si no consigue otra cosa, que envíe una camioneta a esperarnos en Eternity. Si debo pasar dos semanas enteras con esa mujer, puedo acabar matándola.

-Será mejor que te contengas. A tu madre quizá no le guste una novata muerta.

-No es cuestión de risa. Tú no la conoces. -Kane respiró hondo. -Haré lo que pueda por llevarme bien con ella hasta sacarla de aquí. ¿De acuerdo? ¿Ahora llamarás a papá?

Sandy hizo un gesto de asentimiento mientras Kane salía de la cabaña; luego se dispuso a llamar por radio.

Cuando Kane entró en la casa principal, de dos pisos, lo primero que vio f-ue una menuda escritora rubia de novelas de misterio, y su primer pensamiento fue preguntarse si todas sus historias se inspirarían en gente con intenciones de matarla a ella. Si así era, entendía por qué. A pesar de que le había dicho a Sandy que trataría de llevarse bien con ella, cuando la vio allí sola trató de escabullirse antes de que lo detectara.

-jAtrapado! -exclamó ella, al parecer muy divertida porque él pretendía escapar sin ser visto.

Volviéndose hacia la mujer, Kane se esforzó por sonreírle. Era su huésped y él trataría de atenderla lo mejor posible. La planta baja de la enorme casa era una sola habitación; los dormitorios se hallaban arriba, y ella estaba sentada en el bar con una expresión mu y alegre. Kane no podía explicar qué era lo que no le gustaba de esa mujer, pero algo había. Era bonita y, si la hubiera visto por la calle, quizá le habría interesado. Sin embargo, parecía tan pagada de sí misma, tan segura, que sólo podía pensar en tenerla lejos.

Esbozó una sonrisa forzada y se acercó al bar.

-¿ Quieres una copa? -dijo, tuteándola-. Debes de estar sedienta después de ese vuelo tan largo.

-¿No te preocupa lo que puedo llegar a hacer si me emborracho?

Sí, eso se le había pasado por la mente y, al ver que ello lo adivinaba, sintió que se ruborizaba.

-No te preocupes, Tex -dijo la mujer, pronunciando con lentitud las palabras, exagerando, mientras apoyaba un pie en la banqueta de al lado-. Puedo manejar el alcohol tan bien como cualquier hombre.

Kane apretó la mano alrededor de la botella de whisky. En esa mujer había algo que lograba algo más que irritarlo: todo lo que decía, hacía, insinuaba, sugería, lo ponía furioso. Sin molestarse en preguntarle qué deseaba, le preparó un gin tonic aguado, sin hielo; cuando se lo entregó, no pudo sonreírle.

Ella bajó la vista hacia el vaso y por primera vez él vio una expresión humana en su cara. La primera vez que lo había mirado, lo había observado como si él perteneciera aun circo y Kane se había preguntado si no sería algo retardada. A los pocos minutos estaba disparándole a la serpiente y, un momento después, gritaba y arañaba. Ahora parecía un poco triste, pero la expresión desapareció y ella volvió a mirarlo con una sonrisa afectada. -A tu salud, ,vaquero -dijo, pero él le puso una mano sobre la muñeca y le impidió beber.

-El nombre no es "vaquero".

Ella bajó el vaso y lo miró con las cejas fruncidas. -¿Qué fue lo que te molestó tanto esta tarde? ¿Que yo no hiciera lo que me ordenabas o que no pudieras hacerte el héroe y salvar a la señorita Ruthie por ti mismo?

Muy despacio, él rodeó el bar para pararse frente a Cale. Luego, sin sacarle los ojos de encima, apoyó el pie en su taburete, justo entre sus piernas. Cuando ella vio el agujero que le había hecho en la punta de la bota -de haber estado una pulgada a la derecha, le habría arrancado el dedo gordo del pie-, tuvo la cortesía de mostrarse ligeramente sorprendida. Pero esa expresión no le duró mucho. Al minuto siguiente le metió un dedo en el agujero y le tocó la punta del pie (la bala le había roto la media) y comenzó a decir:

-Este cerdito fue al mercado, este cerdito se quedó en casa, este cerdito...

Ni siquiera en su infancia Kane le había pegado a una chica. Su hermano mayor, Frank, cierta vez le había endilgado un sermón cuando volvió del primer grado con los dos ojos negros gracias a Cindy Miller. Kane no respondió al ataque, sino que dejó que ella lo golpeara hasta que llegó la maestra y se llevó a Cindy. Su maestra había dicho que no sabía si Kane era un tonto o un héroe en desarrollo. Frank no había sido tan ambivalente: dijo que Kane era un estúpido.

Pero en ese preciso instante Kane deseaba pegarle a esa mujer. Quería estrangularla y, antes de saber qué estaba haciendo, se le acercó con las manos extendidas.

-Así que ahí están -dijo Ruth, flotando escaleras abajo, con un hermoso vestido de seda roja.

De pronto Kane salió de lo que él consideraba una pesadilla, cuando se incorporó vio a la pequeña escritora de novelas de misterio huir precipitadamente de su taburete y correr hacia

Ruth como en busca de protección. Kane se vio obligado a darse vuelta, horrorizado ante lo que había estado apunto de hacer.

-¡Me alegra tanto verte! -le dijo Cale a Ruth-. Estábamos manteniendo la más aburrida de las discusiones sobre las panzas de los cerdos. ¿Quieres un trago? Taggert el Vaquero prepara un gin tonic aguado, agradable y caliente.

-Te prepararé lo que tú digas, Ruth -dijo Kane, tratando de calmar su corazón galopante y negándose a mirar ala horrible mujer que estaba tan cerca de ella.

-Un poco de vino blanco helado -pidió Ruth con recato, y Kane le sonrió.

-Ya son una parejita de enamorados -murmuró Cale, pero Kane, muy decidido, se negó a admitir su presencia. Si la ignoraba, tal vez se diera cuenta de que allí nadie la deseaba y lo dejaría a solas con Ruth.

Cuando le entregó el vaso, la miró a los ojos e imaginó su pelo oscuro desparramado sobre una almohada.

-Caramba, supongo que tres son demasiados-dijo Cale, y logró que Kane se apartara de Ruth para que no viera la expresión colérica de su cara.

Después de haberse recobrado, Kane se dirigió a la ventana con la esperanza de que Ruth lo siguiera; cuando ella lo hizo, pensó qué natural resultaría que le pasara el brazo por la cintura. Era tan parecida a su esposa que sabía que su brazo encajaría a la perfección, pero la presencia de la rubia al otro lado de Ruth le impidió tocarla. No podía ser él mismo con esa mujer cerca.

Al mirar por la ventana, Kane vio a Sandy que se acercaba con dos caballos ensillados.

-¿Quién es? -preguntó Ruth.

-Sandy. Aunque en realidad se llama J. Sanderson. -Kane le sonrió, percibiendo la manera en que la luz de la tarde le tocaba el pelo. -Nadie sabe qué quiere decir la jota, de modo que siempre lo hemos llamado Sandy. Es un pariente lejano.

Cale se asomó con curiosidad por detrás de Ruth y levantó la vista hacia Kane.

-¿ y cuál es tu pariente? ¿El de la montura marrón o el de la montura negra?

Sin pensar lo que hacía, Kane avanzó hacia ella. Saltó por encima del respaldo de una silla mientras Cale, con un jadeo de miedo, se trepaba al sillón, brincaba sobre el respaldo y corría hacia la puerta. Kane la alcanzó justo cuando ella chocaba ruidosamente contra Sandy, que entraba en ese momento. De un salto se ubicó detrás de Sandy, usándolo como escudo.

Kane se sentía demasiado enojado como para captar lo que estaba sucediendo. Su único objetivo en la vida era matar a esa mujer. Rodeó a Sandy e intentó agarrarla, pero ella se evadió, de modo que empujó a Sandy hacia un costado.

-¡Kane! -le aulló Sandy en el oído, y era la voz de un hombre que le había cambiado los pañales a quien ahora lo empujaba.

Una vez más, Kane sintió que despertaba de un trance. Por un momento se quedó quieto, pestañeando; luego se dio cuenta de lo que había estado a punto de hacer. La mujer, de la mitad de su tamaño, le sonreía desde atrás de Sandy, con la expresión de la soplona de la escuela que acaba de realizar su mala acción del día y se vanagloria de ello. Sandy estaba disgustado y sorprendido ante su reacción, y Kane no se atrevía a mirar a Ruth. Demasiado mortificado por la verguenza como para moverse, se limitó a quedarse parado.

Con otra mirada de reproche dirigida a Kane, Sandy rodeo con un brazo los hombros de la mujer y la escoltó al salir de la habitación. Se fueron juntos; el pequeño trasero redondeado de Cale se movía triunfal mientras ella salía de la casa

CAPITULO IV

Sandy debió admitir ante sí mismo que la conducta de Kane lo había dejado muy confundido. Lo conocía desde que era niño, y Kane y su hermano mellizo siempre habían sido los chicos más buenos y dulces, siempre listos para dar una mano a quien necesitara ayuda. Eran de esos chicos que duermen en el establo con un caballo enfermo y lloran cuando el perro mata a una serpiente. Eran chicos que preferían reír antes que otra cosa, chicos felices, deseosos de compartir su dicha.

Entonces, cuando Sandy entró en la casa y vio a Kane amenazar la vida de una mujer menuda y muy bonita, al principio no supo cómo reaccionar. Una cosa que lo asombró era que Kane estaba reaccionando a algo. Después de la muerte de su esposa, cinco años atrás, Kane se había replegado en sí mismo. A excepción de sus hijos, nada parecía enojarlo o entristecerlo, deleitarlo o decepcionarlo. En realidad, nada en el mundo parecía afectarlo en lo más mínimo.

Cuando Pat le había contado a Sandy sus intenciones con respecto a esas cuatro mujeres y su elección previa de una de ellas como futura esposa de su hijo, Sandy no se rió. Deseaba que alguien o algo volviera a Kane a la vida, y si una viuda podía hacerlo, él se pondría a favor de cualquier artilugio necesario.

Pero cuando Sandy entró en la casa, Kane no estaba fantaseando con una hermosa viuda; corría por entre los muebles detrás de una muchacha atrevida. Sandy debía admitir que se sentía tan sorprendido como intrigado por lo que había visto.

-¿Tú eres la que mató a la serpiente? -le preguntó a la joven que caminaba en silencio junto a él. Era una linda mujercita, rubia y de ojos azules, y si no la hubiera visto en acción, Sandy la habría creído tímida y tranquila.

-Y él enloqueció -respondió Cale en tono cortante, y Sandy vio el ligero movimiento de sus hombros, como si estuviera preparándose para defenderse de él.

-¿Quieres contarme lo que pasó?

-En realidad, no -contestó ella.

Sandy deseaba conocer otra versión de la historia y se propuso descubrir qué había pasado.

-Kane dice que casi lo mataste y que después te pusiste histérica. ¿Siempre te pones histérica y usas armas?

Haciendo lo imposible por mantenerse serio, observó cómo ella mordía el anzuelo, con varios matices de rojo en la linda carita, matices que iban desde el rosa hasta casi el púrpura. Luego comenzó a hablar con tono impetuoso.

-¡Le salvé la vida a esa mujer desagradecida! -exclamó, antes de seguir contando acerca de la valija que tenía alzada Kane y de cómo ella había pensado que, si no actuaba con rapidez, la serpiente podría atacar a Ruth.

Mientras Sandy escuchaba, su sonrisa se desvaneció. La impresión ofrecida por Kane indicaba que esa mujer estaba más allá de lo irracional, pero las razones que planteaba Cale eran atendibles y en verdad parecía haberle salvado la vida a Ruth.

-¿Qué pasó después? -preguntó con voz suave-. ¿Te asustaste y te trastornaste demasiado?

Eso lo podía entender; sin embargo, ella desvió la vista, otra vez con la cara colorada, más por vergüenza que por rabia. Sandy vio que la mujer no sabía si decirle o no la verdad, de modo que esperó con paciencia mientras ella se decidía.

Tras exhalar un gran suspiro, Cale dijo:

-Bueno, eh... mi padre solía encolerizarse conmigo y.. .me pegaba; supongo que cuando el vaquero me tocó, yo hice un viajecito por el tiempo. Después de contárselo, se quedó mirándolo con expresión beligerante, como desafiándolo a hacer algún comentario. Parecía el pendenciero del pueblo que acaba de admitir no ser tan rudo después de todo.

Sandy esbozó un gesto de comprensión, pero se abstuvo de hacer comentarios.

-¿Sabes algo de caballos?

-Sé si uno está cabeza abajo o no, y creo que no mucho más.

El le sonrio.

-¿Por qué no vienes conmigo para ayudarme a desensillar éstos y me cuentas cómo es que sabes tanto de armas?

.-Supongo que no sé lo suficiente, porque casi le volé el pie a ese vaquero.

Sin dejar de caminar, Sandy no se dio vuelta para mirarla, pero percibió el remordimiento de su voz y la forma en que se refería a Kane como a "ese vaquero",

-¿Le dijiste a Kane que lo lamentas?

-¡Ja! Antes prefiero morirme.

Sandy le dirigió una mirada subrepticia por debajo del ala de su sombrero, pero ella estaba mirando hacia las montañas, con las manos apretadas, la boca firme.

-¿Tú eres la peluquera, la viuda o la que tiene el negocio extraño ? -Sin esperar respuesta, con los ojos brillantes, Sandy agregó: -Tú escribes novelas de misterio.

-Sí -respondió Cale, todavía enojada, pero enseguida lo miró y sonrió-. Mi próximo libro se titulará La muerte de un vaquero. ¿Qué clase de muerte le parece apropiada? ¿Atrapado en su propio lazo y colgado? Tal vez una serpiente de cascabel en la bolsa de dormir. -Su sonrisa se hizo más amplia. -Tal vez envenenamiento de la sangre por una bala sucia que le voló todos los dedos de los pies.

Riéndose, Sandy le abrió la puerta del establo para que entrara.

-Ven y cuéntame el resto. Me gustan las buenas historias.

-Entonces le gustaré yo -dijo ella alegremente-, por que puedo contar montones de buenas historias. -Luego, con la frente fruncida, murmuró: -Será bueno tener a alguien por aquí que sea como yo.

CAPITULO V

A pesar de que parecía lo contrario, yo no deseaba realmente que Taggert el Vaquero me odiara. Siempre tuve fantasías con respecto a resultar agradable. Me gustaría entrar en una habitación y que la gente suspirara y dijera: "Ha llegado Cale. Ahora sí puede comenzar la fiesta" .A las personas aficionadas a los libros no las invitan a reuniones muy a menudo y, cuando las invitan, tienden a sentarse en un rincón y dedicarse a observar.

Mientras ayudaba a ese querido y dulce anciano Sandy en el establo, fingí que nada me preocupaba y juré portarme correctamente durante el resto de la excursión. Diez años más tarde, el vaquero miraría atrás y diría: "En realidad, esa pequeña escritora de novelas de misterio era una buena tipa".

Hice todo bien durante veinticuatro horas. A la hora de la cena, nos sentamos alrededor de una mesa redonda... y yo no dije ni una palabra. No dije nada cuando el vaquero se inclinó hacia Ruth por centésima vez para llenarle la copa de vino. No dije nada cuando la admiradora delgaducha empezó a hablar de sus cañerías. Ni siquiera me reí cuando la admiradora gorda derramó vino en el regazo del vaquero y luego trató de limpiarle la mancha colorada de la entrepierna. Con cortesía, les di a todos las buenas noches y me fui a mi cuarto con la intención de hacer un bosquejo de mi próximo libro.

Pero el mejor rasgo de mi carácter, el más fuerte, es la capacidad de concentración,lo cual también es conocido como capacidad obsesiva, y eso fue lo que hice esa noche: obsesionarme.

¿Por qué los hombres no pueden desenmascarar alas mujeres como Ruth? ¿Por qué los hombres son tan estúpidos cuando se trata de mujeres? Piernas largas, busto abundante, kilómetros cuadrados de cabello, y una mujer obtiene lo que desea de un hombre.

Me preocupaba sentirme atraída -seriamente atraída- por un enorme vaquero estúpido cuando él me miraba como si quisiera convidarme con raticida.

Me porté bien durante todo el desayuno, mientras Ruth y el jinete se miraban con ojos acaramelados. En la vida no hay nada tan fastidioso como estar cerca de dos enamorados absortos en sí mismos. Encuentran divertidas todas las palabras; cada gesto de uno resulta hermoso para el otro. No tienen ningún interés en nada que se halle fuera de ellos.

Mordí un pedazo de tostada y observé cómo miraba el vaquero a Ruth: estaba totalmente ido. En cuanto a Ruth, su corazón no estaba en sus ojos. De vez en cuando miraba al dúo Maggie-Winnie con una expresión triunfal, como para decir "Miren lo que puedo hacer". Tal vez esperaba con ansiedad la importante y empalagosa escena final: el momento de dedicarle un lacrimoso adiós. Pero al pobre tonto de Taggert se lo veía con ganas de atar un delantal alrededor de la cintura perfectamente conservada de Ruth y ponerla a ella frente a una hornalla. Por un instante encontré gran placer en imaginarme a Ruth en una cocina: piso gastado de linóleo, cortinas viejas, el olorde la cebolla al freírse, el calor suficiente como para asar carne sobre la mesa, tres chicos colgados de sus piernas rojas, hinchadas, sin depilar.

Cuando levanté la vista, Sandy me sonreía como si supiera exactamente lo que yo pensaba, de modo que le guiñé un ojo y le hice un gesto en broma con mi jugo de naranja. Hasta el atardecer, me había portado tan bien que, supongo, me sentía algo asombrada de mí misma, porque lo eché todo a perder .

Habíamos montado a caballo y comenzado a subir por un sendero que atravesaba el bosque. Yo lo había hecho sólo dos veces en la vida, pero cuando uno se lo propone, montar a caballo no requiere demasiado poder mental. No hablo de adiestramiento ni de competencias de salto, lo cual exige años de práctica y entrenamiento, sino de sentarse sobre un animal bien alimentado, complaciente, que ya conoce el camino por recorrer.

Pero no era así como lo considera ban Ruth y el dúo. Dados los antecedentes de Ruth, yo habría pensado que sería una gran amazona, pero la verdad fue que le tenía terror al animal.

La asustaban los grandes y anchos ollares del caballo, su boca peluda, sus flancos. Cuando montó, con los ojos agrandados por el miedo, casi me resultó agradable.

Ya casi había anochecido cuando volví a meter la pata. Todas desmontamos cansadas, doloridas, casi sin hablar. Ruth había cabalgado detrás de Taggert y nadie se enteró de lo que habían conversado en el camino. La delgadita del dúo había tratado de hablarme de una dieta vegetariana, pero cuando le dije que sólo comía carne, montones de carne, cerró la boca y no volvió a dirigirme la palabra. El silencio del bosque, y Sandy cabalgando ami lado, había sido una bendición.

Después de desmontar, casi todo el grupo se internó entre los árboles para hacer uso de las instalaciones sanitarias. Miré a Ruth y noté que tenía una expresión extraña en los ojos. Con una mano se apretaba la parte inferior de la espalda y supe que, si sentía la mitad de lo que sentía yo, estaba realmente dolorida. No sé lo que pensaba; bueno, tal vez ni siquiera pensaba. Estaba dolorida y la causa de su dolor era el caballo que masticaba con placidez frente a ella.

Prendió un cigarrillo con manos temblorosas de cansancio. Luego, con la expresión de una chica maliciosa, apagó el cigarrillo contra el suave cuello del caballo desprevenido.

Entonces todo pasó al mismo tiempo. El caballo relinchó, se echó contra Ruth, la hizo caer al suelo y empezó a caminarle encima. No pensé. Corrí y traté de interponerme entre Ruth y el caballo, pero el animal estaba colérico y dolorido; el pelo del cuello le humeaba sin llamas. Lo mejor que pude, me agarré de las riendas con la mano izquierda y con la derecha empecé a dar palmadas sobre el lugar lastimado, mientras trataba de decirle al caballo que se hallaba a salvo y que no volverían a hacerle daño. En algún momento del alboroto, Ruth se había alejado -deslizándose como la serpiente que era- y me había dejado sola con el animal.

Abriéndose paso violentamente entre los árboles como el Abominable Hombre de las Nieves, apareció el enorme vaquero. Cuando levanté los ojos, vi que se dirigía directamente hacia mí... con la cara contorsionada por la rabia. ¿Qué pasa ahora?, pensé. ¿Por qué demonios estaba enojado conmigo esta vez?

Ruth, de acuerdo con las formas, se echó en los brazos fuertes y protectores del vaquero, llorando copiosamente-sin alterar el maquillaje de sus ojos- y rogándole que la salvara. Taggert la abrazó, pero era a mí a quien miraba con ojos relampagueantes mientras yo acariciaba el cuello del pobre caballo. Me pregunté qué diría Ruth si yo contaba lo que la había visto hacer.

-Deberías haberme llamado -dijo Taggert con los dientes apretados.

Más o menos cien explicaciones pasaron por mi mente al mismo tiempo. Podría haberle dicho la verdad sobre su amada; podría haber hecho notar que, si lo hubiera llamado y luego hubiera esperado su llegada, la adorable cara de Ruthie quizá mostrara una impresión digital equina impresa en ese momento. Al final, no me defendí. Me limité a decir:

-Eres un verdadero pelmazo, ¿lo sabías? Un simple y real pelmazo.

Luego dejé caer las riendas y me interné en el bosque.

¿Acaso hay una cólera más fría, más profunda dentro de uno, que la causada por una acusación injusta? Me sentía como un pedazo de carbón en medio de un fuego apagado que había ardido todo el día. Sólo con un poco de aliento, podría haber estallado en un incendio forestal. Me quedé parada en el bosque, sin ver nada, con los puños apretados, sintiéndome una mártir. ¡No era justo! De veras, de veras no era justo.

Mi cólera nunca duraba demasiado, y ésa no fue la excepción. En pocos minutos había logrado tragármela. Permanecí quieta, temblando por la emoción y el cansancio y, para mi disgusto, con lágrimas en los ojos.

Al oír a alguien detrás de mí, me froté los ojos con el dorso de la mano y vi a Sandy con una expresión preocupada en la cara.

-No sé qué le pasa a Kane -dijo-. Normalmente no es así. Normalmente él es...

Regla número uno en la casa de mi padre: Nunca dejes Saber que estás dolorida. Si saben que estás dolorida, te pueden lastimar más.

Hice lo posible por sonreír y hablar con voz animosa.

-Soy yo. Siempre irrito a los hombres. Si hubiera gritado y me hubiera cubierto la cara con las manos, llena de terror, él me estaría convidando con coñac y paté.

Sandy rió.

-Es probable. -Hizo una pausa, luego dijo: -¿Cómo es Ruth?

No pude hacer más que revolear los ojos. ¿Debía decirle lo de la quemadura con el cigarrillo?

-Kane... -dijo Sandy con cierta vacilación-. Creo que desea una esposa.

Mi anterior visión de Ruth en una cocina volvió a mí y logró levantarme el ánimo. Sin embargo, no iba a engañar a ese hombre; había sido muy agradable conmigo y no merecía mentiras.

-¿ y él cree que hará una esposa de Ruth? A Ruth le gusta la conquista, pero una vez que ganó, se propone nuevos objetivos. -Pensé en el vaquero reprendiéndome a gritos por haber salvado a Ruth no una sino dos veces. -Creo que se merecen el uno al otro. Espero que ella le destroce el corazón.

Sandy guardó silencio.

-En fin -dijo después de un rato-, ¿tú estás casada?

Supe que pensaba en Kane, que era como un hijo para él. ¿Por qué algunas personas reciben amor sin importar lo que hagan, y otras personas no? Malinterpreté a propósito a Sandy.

-¿Es una oferta?

Él respondió muy serio.

-Si tuviera diez años menos, te perseguiría tanto que terminarías casándote conmigo sólo para que te deje tranquila.

Mi risa sonó un poco forzada, pero no podía negar que me sentía halagada.

-Usted no querría casarse conmigo -dije con sinceridad-. Soy demasiado competente como para casarme. A los hombres les gustan las mujeres desvalidas, o al menos las que pueden fingir que lo son, como Ruth. Pero yo soy ridículamente capaz, y siempre me olvido de disimularlo.

Me di vuelta para irme. No quería hablar con nadie más. De acuerdo con mi estado de ánimo de ese momento, no se sabía lo que podía llegar a decir.

-Vuelve pronto -gritó Sandy detrás de mí-. Tenemos lengua de búfalo para la cena.

-Mmmm, mi plato favorito -contesté, y seguí caminando.

CAPITULO VI

Cale se estiró sobre el pasto en esa postura favorita de los escritores, en la que el cuerpo tiene un apoyo perfecto y deja la mente libre para pensar y crear. Imaginaba una historia en la cual el asesino era un vaquero tan buen mozo que nadie sospechaba de él, cuando oyó que alguien se acercaba.

¿Y ahora qué?, pensó, sin desear moverse, sin desear terminar con las fantasías que jugueteaban en su cabeza. Hay personas que odian escribir, odian concebir ideas, y personas que harán cualquier cosa con tal que se les permita seguir creando. En ese momento, al oír pisadas, Cale pensó que, si se quedaba muy quieta, quienquiera que fuese se iría y la dejaría en paz.

Sin embargo, Cale levantó la vista y vio que Kane tomaba a Ruth entre sus brazos y la besaba con increíble dulzura, como si ella fuera frágil y muy valiosa. Cale sabía que debía irse y se movió para hacerlo, pero en ese momento Kane se apartó de Ruth.

-¿Estás bien? -preguntó-. ¿El caballo no te lastimó?

Con gran interés, Cale apoyó la cabeza en la mano y se preparó para escuchar la respuesta de Ruth. No sintió que estuviera escuchando furtivamente, sino realizando una investigación.

-Estoy muy bien, Kane -dijo Ruth con un gentil aleteo de pestañas-. No sabes cómo me preocupó este viaje. Tenía tanto miedo... miedo de los espacios abiertos, de los animales, de la gente que estaría al frente de la excursión. Pensé que serías agresivo. -Se rió con aire seductor. -Temía que nos obligaras a... a herrar caballos o algo por el estilo.

De modo que no iba a contarle que había quemado al caballo. Por supuesto, Cale no esperaba que lo hiciera. Si algo aterrorizaba a esa mujer, era la posibilidad de que los hombres no la adorasen. Una cuestión filosófica para evaluar, pensó Cale: ¿Ruth Edwards existe si nadie la mira?

-Aquí en el Oeste somos iguales a los otros hombres. Deseamos lo mismo que otros hombres -dijo Kane con voz profunda.

Sí, claro, pensó Cale. Desean a Ruth.

Ruth hizo subir su mano a lo largo del brazo de él.

-Yo no diría que eres igual a los demás.

Ni siquiera este hombre podía creerse esa farsa. ¿O sí? -Me gustaría creer que no soy como los otros -dijo él mientras ella le tocaba el brazo.

Una vez más, Cale había sobrestimado al animal masculino. Pregunta: ¿ Cuál es la diferencia entre un ciervo en celo y un hombre dispuesto a triunfar? Respuesta: ninguna. Ambos son ciegos, sordos y muy estúpidos.

Cuando empezaron a besarse, Cale emitió un fuerte " ejem". Escuchar furtivamente era una cosa; ser voyeur, otra.

La expresión de Kane cambió al ver a Cale, pero por un segundo ella vio lo que había visto Ruth: un hombre con la lujuria en la cara, y también deseo, pasión y quizás hasta codicia. Aún más interesante resultaba la expresión de Ruth. A menos que Cale se equivocara, la buena ave de rapiña de Ruth le tenía miedo a Taggert Vaquero. En el momento en que lo vio darse vuelta, metió la cola entre las patas y volvió al campamento.

-Creo que podría agregar el espionaje a tu lista de logros -dijo Kane, con la mandíbula apretada en un gesto de furia.

-Yo llegué primero -empezó Cale, intentando defenderse, pero la expresión de él la hizo callar-. ¿Para qué te hablo? Ya tienes tu opinión formada sobre mí. -Se levantó y empezó a alejarse, pero él la retuvo. -No me toques -dijo, rechazándolo.

-Correcto. Que te toquen es una de tus fobias.

-Al revés de lo que piensas de mí... Oh, ¿a quién le importa?

En el campamento, Sandy había preparado una comidacon arvejas y salchichas, cosa que la delgadita del dúo revolvía en su plato mientras murmuraba algo acerca de lo nocivas que eran las salchichas; la gorda le cepillaba el pelo a Ruth para obvio deleite de Kane. Después de comer, la delgadita se puso a hablar de cristales y pirámides y describió con aburrido detalle que las pirámides mejoraban la vida sexual, sin dejar de sugerir en forma solapada que Ruth había colgado una encima de su bolsa de dormir .Muy disgustada, Cale se alejó del fuego y se dirigió hacia los caballos.

-¿Quieres sacarte la blusa y dejarme verte ese hombro?

Cale trató de ocultar su sorpresa ante las palabras de Sandy y comenzó a darse vuelta con una radiante sonrisa. Apenas lo vio, su sonrisa desapareció porque, asomado detrás de él, se hallaba Kane.

-¿Qué le pasa a su hombro? -preguntó Kane.

Sandy se dio vuelta a su vez e increpó a su joven amigo:

-Si tu cerebro estuviera en otro lugar además de en tus pantalones, verías que ella se lastimó al salvar a Ruth por segunda vez.

Ah, dulce justicia, pensó Cale. Mi caballero andante vino a rescatarme. Se preguntó si a Sandy le gustaría mudarse a Nueva York y vivir con ella en su departamento con terraza.

Kane, con la cara roja, tartamudeó una disculpa pidió ver por sí mismo el hombro de Cale, pero ella levantó la barbilla, echó los hombros hacia atrás y se encaminó muy erguida hacia el campamento. Nunca se había sentido mejor desde que había puesto los pies en Colorado.

CAPITULO VII

Kane estaba inquieto en su bolsa de dormir; aporreaba esa cosa que se suponía era la almohada, daba vueltas con la frecuencia necesaria para asustar a las lechuzas, maldecía en toda oportunidad propicia. Sabía que debía estar pensando en Ruth. De acuerdo con lo que había visto hasta entonces, ella era perfecta. Debajo de su hermosa fachada había una personalidad dulce, tierna. Casi le parecía verla con embarazada de ocho meses del hijo de ambos.

Pero aunque lo intentara con todas sus fuerzas, Kane no conseguía pensar en Ruth. En cambio, sólo podía ver y oír a esa escritorcita malcriada. Era como una astilla imposible de sacar . Al verla saltar sobre Ruth y agarrar las riendas de ese caballo, se había aterrorizado. Un paso en falso y habría caído bajo los cascos del animal. Sabía que había sido estúpido de su parte pretender que ella lo esperara; sabía que Cale había hecho lo que debía hacerse, y sin embargo no podía dejar de sentirse fastidiado.

No sabía qué era lo que lo irritaba tanto. Tal vez fueran sus sonrisas y sus comentarios agudos. Tal vez fuera la manera en que miraba a Ruth, como si ésta hubiera salido de abajo de una piedra. O tal vez fuera la manera en que el trasero le marcaba esa curva en los pantalones.

¿Por qué se había enojado tanto cuando ella salvó a Ruth? Si hubiera sido otra mujer, se habría sentido orgulloso de ella por pensar rápidamente y actuar en consecuencia, pero en la rubia había algo que siempre lo encolerizaba. Sin embargo, aun cuando la había mirado con ojos llenos de furia, sintió la necesidad de tomarla en los brazos y protegerla.

¿Protegerla? Eso era como decir que uno quería proteger a un puercoespín. y un puercoespín era justo lo que era ella: pequeña, llena de espinas y peligrosa.

Hacia las tres de la mañana, salió de la bolsa de dormir y se dirigió al bosque por un atajo mu y conocido para él, en busca de la saliente desde la que se veía el sendero que corría más abajo. Al día siguiente por la tarde llegarían al pueblo fantasma de Eternity, y la camioneta de su padre estaría allí para llevarse a la escritora. Después de eso, él disfrutaría de unos largos días con Ruth. Tendría tiempo para llegar a conocerla bien, para permitirle a ella conocerlo a él. Tendría tiempo para...

Dejó de pensar cuando vio, allá abajo, el resplandor de los faros delanteros de un auto. Algtien pasaba por la vieja ruta hacia Etemity. ¿Pero quién y por qué a esa hora de la madrugada? Tan pronto Como se le ocurrieron las preguntas, surgió la respuesta: algo andaba mal.

Enseguida recordó con demasiada intensidad la noche en que había llegado a su casa y encontrado una ambulancia frente al edificio de departamentos en que vivía en París con su mujer y sus hijos de pocos meses. Dentro de la ambulancia yacía el cuerpo destrozado de su querida esposa. Kane había estado ausente por un asunto de negocios y ella se había quedado despierta Con los chicos durante toda la noche anterior. Al atardecer, se sentó en el antepecho de la ventana con una taza de té, esperando la llegada de Kane. Debió de haberse quedado dormida, perdió el equilibrio y cayó.

Ahora, Kane bajó a los tumbos por la ladera, tropezando con piedras y árboles, hundiéndose en hojas secas de roble, deslizándose por cuestas resbaladizas, con la intención de interceptar la camioneta antes de que llegara al desvío del camino.

Corrió los últimos metros y por fin aterrizó de rodillas frente a la camioneta. En medio de una explosión de grava, el conductor apretó el freno y la camioneta se deslizó hacia un costado mientras el hombre se esforzaba por enderezar las ruedas. Antes de que el vehículo se detu viera, la puerta se abrió con violencia y bajó el hermano de Kane, Michael.

-¿Qué demonios tratas de hacer? Podría haberte matado -le gritó Mike a su hermano, sin molestarse en ayudarlo a incorporarse.

Lentamente, Kane se puso de pie mientras se sacaba tierra mezclada con grava de las manos y la ropa.

-¿Pasó algo malo? ¿Por qué estás aquí, en Colorado?

Como si cada uno de los músculos del cuerpo le doliera, Mike se recostó contra el capó del auto mientras Kane lo miraba.

Los dos hombres eran mellizos idénticos: tenían exactamente la misma estatura, el mismo tamaño, los mismos ojos y color de pelo. Toda la vida habían sostenido una relación tan estrecha que a menudo se comunicaban sin hablar. Muchas veces se les ocurrían las mismas ideas, los mismos pensamientos, y para ellos resultaba un lugar común Comprar por separado la misma camisa y usarla en la misma ocasión. Nunca había habido un secreto entre elloS, y cuando uno tenía novedades, siempre iba primero a contárselas a su hermano mellizo.

-Felicitaciones -dijo Kane en voz baja; sabía, sin que se lo dijeran, que su cuñada acababa de dar a luz mellizos. Durante un largo momento loS hermanos se unieron en un abrazo lleno de amor y comprensión. Luego se separaron, ambos con una sonrisa en los labios.

-¿Y? -dijo Kane, consciente de que su hermano sabría que su primera pregunta consistiría en averiguar por qué se había ido de Nueva York.

Mike se pasó una mano por los ojos en un gesto de cansancio y exasperación.

-Fue espantoso. Al primer dolor, Samantha decidió que deseaba que los bebés nacieran en Chandler, Colorado, que quería tener cerca a mamá. Nadie pudo hacerla entrar en razón, y luego... bueno, se echó a llorar, de modo que Blair y yo la metimos, junto con tus chicos, en el jet y partimos. Sam se mantuvo tranquila durante el viaje, pero Blair y yo estábamos frenéticos. Pensábamos qué pasaría si los chicos nacían en pleno vuelo y necesitaban algo que no teníamos. Sam no dejaba de repetir que no nos peocupáramos, que los chicos iban a esperar hasta ver a su abuela. Papá y mamá nos esperaban en el aeropuerto con una ambulancia. En cuanto llegamos al hospital, a Sam se le rompió la bolsa de agua y los chicos salieron disparados como corchos de champaña.

Mike hizo una pausa y sonrió.

-Tal vez hayas pensado que el nacimiento de mis hijos sería un acontecimiento privado, pero mamá, papá, Jilly, Blair y yo, más dos enfermeras, estábamos todos en la sala de partos. Casi esperé que pasara alguien con una bandeja de canapés.

A Kane no lo engañó el tono de su hermano. Mike estaba más que complacido de que sus hijos hubieran nacido en brazos de sus padres; le complacía que su familia quisiera a Samantha tanto como él.

-¿Sam está bien? ¿Los chicos están bien?

-Sí, todo está en orden. Todos están bien, pero...

-¿Pero qué?

-El hospital es un manicomio. Aparecen parientes a quienes nunca vi.

Mike no tuvo que explicarle a Kane que deseaba estar con su esposa y sus hijos a solas, porque él sabía cómo se sentía. Después del nacimiento de sus propios hijos, la familia de su esposa había andado rondando durante dos semanas, hasta hacerlo sentir sofocado. Su suegra era una de esas mujeres convencidas de que los hombres no deben cambiar pañales, de modo que a Kane casi no se le había permitido tocar a sus hijitos. Sólo después de su partida pudo abrazar a su esposa y a sus hijos y sentirlos, tocarlos, acunarlos.

Ahora, al mirar a su hermano, entendió la frustración de Mike y los celos que lo carcomían. Imaginó a Mike parado en la puerta del cuarto del hospital, observando a un pariente detrás del otro mirar con curiosidad a sus pequeños recién nacidos, pensando que ellos habían pasado más tiempo que él con los chicos. Kane solía preocuparse porque no deseaba que alguno de los bebés dedicara su primera sonrisa a alguien que no fuera él.

En un gesto de compañerismo, Kane rodeó con el brazo los hombros de Mike.

-¿Sabes qué me gustaría más que nada en el mundo? Me gustaría ir a buscar a mis chicos y traerlos aquí. Este grupo es sólo de mujeres; estoy seguro de que los mimarían hasta malcriarlos.

-¿Ah, sí? -dijo Mike con cierta melancolía-. ¿Quieres que te los traiga aquí?

-Estaba pensando en ir yo a buscarlos a Chandler .

Mike se hallaba tan ensimismado en su propio abatimiento que al principio no entendió.

-Espera un minuto. ¿ Quieres que yo me quede aquí hasta que vuelvas?

-Veinticuatro horas, eso es todo. Y, además, quiero vera mis nuevos sobrinos. ¿Son tan horribles como tú?

Era un viejo chiste de ellos que siempre lograba hacerlos sonreír .

-¿ Cómo voy a saber a quién se parecen? -contestó Mike con un suspiro-. Los parientes no me dejan acercarme a ellos.

-¿Por qué habrían de hacerlo? -preguntó Kane-. cumpliste con tu tarea y ya no te necesitan. -Riéndose de la expresión melancólica de su hermano, Kane se alejó un poco. -Hablo en serio. Necesito... una tregua en este asunto.

-¿Una tregua? Sólo estuviste unos pocos días con esas mujeres. -Mike alzó una ceja. -¿Qué ocurre?

Kane dio su versión de los días precedentes, sin dejar de mencionar lo adorable que era Ruth y lo excéntrico que era el dúo.

-¿Qué me dices de la escritora de novelas de misterio? A Sam le encantan sus libros y quiere conocerla.

Después de un momento de silencio, Kane explotó en una andanada de invectivas al contar que ella casi le había volado el pie, se había metido entre las patas de un caballo enfurecido y, en fin, resultaba una molestia infinita.

-En cualquier dirección que mire, allí está ella. Me espía cuando estoy con Ruth, me llama Taggert el Vaquero, pregunta si cuento con los dedos.

Mike debió morderse los labios para no echarse a reír.

-No es gracioso. La mujer está loca -agregó Kane, y describió el ataque de Cale después de haber matado a la serpiente-. Ya están curados, pero me dejó tres arañazos en la cara.

-No deben de haber sido muy profundos, si ya están curados En general, Mike y Kane siempre estaban de acuerdo. Su madre decía que una discusión entre ellos habría sido como luchar contra la propia sombra; por lo tanto, ante la mirada de Kane, Mike se resignó. Veinticuatro horas no era demasiado tiempo y, según la situación de ese momento, Sam no sabría que él no estaba allí. Tal vez no fuera una mala idea permanecer lejos un día entero.

-De acuerdo -dijo Mike-. Te veremos en Eternity mañana por la noche.

CAPITULO VIII

Cuando llegó la mañana, me alegré de que ése fuera mi último día en la excursión. Odiaba ser un fracaso, pero más odiaba que me odiaran. Durante unos minutos me quedé en mi bolsa de dormir y pensé en las entretenidas historias que le contaría a mi editora al volver a Nueva York. Me vengaría haciendo reír a toda una editorial con mi escapada a las zonas salvajes de Colorado. Mejor aún, escribiría un libro que haría reír al mundo con el vaquero grandote y su pasión por una mujer falsa.

Cuando me sentí mejor conmigo misma y con la vida en general, salí de la odiosa bolsa de dormir, me arreglé los pantalones -¿hay algo peor que dormir con la ropa puesta?-, tomé el estuche con mis objetos de tocador y me dirigí al arroyo para ver si lograba hacer algo con la sórdida suciedad de mi cara. Con la suerte que estaba teniendo, era probable que me pescara un hongo en la límpida agua de montaña y sufriera una muerte horrible.

Acababa de lavarme cuando oí unos pesados pasos detrás de mí. Podía ser nuestro intrépido líder o el último dinosaurio sobreviviente.

Como siempre, se detuvo cerca de mí, sin duda mirándome con ojos relampagueantes, con ganas de decirme que yo estaba haciendo algo mal. Lo ignoré tanto como pude; luego me di vuelta para mirarlo y, con gran sorpresa, me encontré con un hombre a quien nunca había visto antes.

-¡Oh! -exclamé sobresaltada-. Pensé que era otra persona.

Eso pareció sorprenderlo. Vaya que los hacen estúpidos en Colorado, pensé. Grandote, hermoso, bien construido, pero decididamente estúpido.

-¿Quién creíste que era? -preguntó.

-No sé si se... si te lo dijeron alguna vez, pero te pareces un poco a nuestro... a nuestro guía.

El hombre me sonrió como si le hubiera dicho algo que había deseado oír durante toda la vida. Estupendo, pensé, no puedo decir o hacer nada para complacer a un hombre, pero éste parecía complacido ante un comentario casual. Por supuesto, ser comparado en materia de aspecto con nuestro líder vaquero debe de haberlo halagado.

Extendió la mano.

-Tú debes de ser Ruth. Yo soy el hermano de Kane, Mike. Le estreché la mano y luego aclaré las cosas.

-Yo no soy Ruth. Soy Cale Anderson, y tu hermano me odia.

No sé si fue el "me odia" o el hecho de que yo no era la hermosa Ruth, de quien obviamente había oído hablar, pero me pareció que algo le preocupaba. Se quedó allí parado, abriendo y cerrando la boca como uno de esos corazones humanos que laten en los documentales de la televisión.

-Pero Ruth es... Ruth y Kane... Yo creía...

Caramba, pensé, aquí tenemos aun intelectual de verdad. Como si pudiera leerme la mente, dejó de tartamudear y me sonrió, sin soltarme la mano aunque yo tiré de ella.

-Mira -dijo-, lamento el error. Kane me dijo que él y Ruth mantenían una relación, de modo que cuando percibiste que yo no era él, deduje que eras Ruth.

Ahora todo estaba claro. Ahora todo tenía sentido. Si me encuentro con un hombre a quien nunca vi antes, entonces yo debo de ser Ruth Edwards. Por supuesto. Para mí estaba clarísimo.

Mike se rio, me soltó la mano y nos sentamos. Empezó a contarme una larga historia acerca de él y su hermano mellizo, un mellizo idéntico. Sí, está bien, y yo soy la melliza de Kathleen Turner. Supongo que advirtió mi escepticismo, pero me eché a reír cuando dijo que en las siguientes veinticuatro horas él fingiría ser Kane. No tenía ningún sentido.

Escuché su historia, lo felicité por sus bebés y hasta pregunté por los hijos de Kane, sin dejar de pensar que estaba loco si creía que alguien iba a confundirlo con su hermano.

Cuando terminó, se rió de mi expresión y me aseguró que podría llevar todo adelante.

-Ya propósito -dijo muy serio-, ¿quién es más buen mozo, mi hermano o yo?

No quería herir sus sentimientos, pero la verdad es que Kane pertenece aun tipo diferente de hombre en materia de apariencia. Con el mayor tacto posible, respondí:

-No es que no seas un hombre muy buen mozo, Mike. Sin embargo, Kane... -No terminé la frase, porque Mike se echó a reír a carcajadas y luego me dio un sonoro beso en cada mejilla. No sé qué lo había complacido, pero algo le había gustado.

Dado que insistió en que podía suplantar a su hermano, pasamos media hora junto al arroyo discutiendo cómo trataría a cada una de las integrantes de la excursión. Le conté acerca de Winníe-Maggie, y cuando se rió de mis bromas supe que tenía público y empecé a lucirme. Al principio tuve cuidado de no decir nada sobre Ruth, pero la expresión de Mike y su risa - cuanto más se reía de mis chistes, más buen mozo se poníame alentaron a seguir. Me sentí tan alentada que terminé haciendo una parodia improvisada de Kane y Ruth, cosa que hizo desternillar de risa a Mike.-A propósito -aclaré, mientras él todavía se reía-, dije la verdad al contarte que Kane me odia a muerte.

Trató de mostrarse sorprendido, pero vi en sus ojos un pequeño brillo que me reveló que Kane le había hecho advertencias con respecto a mí.

Mike había creído que yo era la "buena" , y, en consecuencia, yo debía de ser Ruth.

-¿Por qué te odia?

El tono de su voz me dio a entender que no podía creer que alguien me odiara. Fue muy gratificante, muy, muy gratificante, y le sonreí con todo mi cariño.

-Puede que no seas tan buen mozo o tan sexy como tu hermano, pero tú me gustas más. ¿Por qué no te quedas hasta el fin de la excursión ?

De alguna manera eso también pareció complacerlo y, después de levantarse, me ofreció las manos para ayudarme.

¿Saben? Me gustaría que alguien me explicara lo de ia atracción sexual. ¿Por qué se puede poner a dos hombres igualmente buenos mozos uno junto al otro y uno te vuelve loca y el otro no? Ahí estaba yo, sola en medio del bosque con un hombre maravilloso, un hombre que se reía de mis chistes ya quien obviamente yo le resultaba agradable. Sin embargo, sólo experimentaba un sentimiento fraternal hacia él. Claro, él tenía esposa y dos hijos recién nacidos, ¿pero desde cuándo el matrimonio era un impedimento para la atracción? Por otro lado, Kane Taggert, en el mejor de los casos, la único que hacía era mirarme con el entrecejo fruncido; en el peor de los casos, me gritaba. Me odiaba; yo lo odiaba. Pero demasiado a menudo mis pensamientos se dirigían a planteos como el siguiente: ¿su piel era de ese hermoso color dorado en todo su cuerpo, o en su abdomen adquiría el color de la panza de un sapo?

Mike y yo caminamos del brazo hacia el campamento mientras él me contaba que a su esposa le encantaban mis Ubros. Cuando vimos la fogata de Sand y, nos separamos y yo me retrasé para verlo quedar como un tonto al fingir ser Kane.

Resulta difícil describir cómo me sentí cuando oí que esas personas lo llamaban Kane. Hasta Sandy gruñó diciendo que Kane se había quedado demasiado tiempo en el bosque y no estaba ayudando.

Casi me reí cuando Mike me guiñó el ojo en un gesto de complicidad. ¡Era maravilloso agradarle a alguien!

Todo anduvo bien mientras los hombres ensillaban los caballos y nos preparábamos para partir. Mike se acercó para controlar mi estribo, que estaba muy bien, y me preguntó por qué el caballo de Ruth tenía el cuello quemado. Quise decírselo, pero no pude. Demasiados años de escuela primaria con chicos que canturreaban "Soplona, soplona" me obligaron a mantener la boca cerrada. Dije que no tenía la menor idea, pero mi cara enrojeció y Mike me miró con ironía.

-Alguien debería darte lecciones en materia de mentiras -comentó.

Me hacía sentir muy bien que alguien me reivindicara.

Cabalgamos durante dos horas y Mike dedicó toda su atención a Ruth. Habíamos llegado a la parte ancha de una vieja ruta, de modo que él podía cabalgar a su lado. Detrás de ellos iban las dos servidoras, aferradas a sus monturas como si estuvieran apunto de caerse. Sandy y yo cerrábamos la caravana; ninguno de los dos hablaba mucho, y ambos observábamos a Ruth y Mike.

Hacia el atardecer, mi anterior alegría había desaparecido. No debería haber sentido celos, pero así era. Me parecía como si Ruth hubiera realizado otra cónquista. Mike le sonreía, se reía suavemente ante cosas que ella decía y, en general, la adoraba.

Llegamos al decrépito pueblo de Eternity cuando el sol se ocultaba. Había varios edificios con arruinadas tejas grises y muchos carteles caídos. Uno que decía "París en el desierto" me hizo sonreír. En silencio, cabalgamos a la largo de la calle principal mientras los arbustos rodadores pasaban a nuestro lado empujados por el viento. Íbamos en dirección a una casa muy grande en los límites del pueblo donde, según Sandy, acamparíamos.

Al llegar a la casa, desmonté cansada y dolorida; luego vi a Mike que se acercaba con la montura de Ruth en los brazos.

-Ruth es todo lo que dijiste -me comentó al pasar a mi lado.

De inmediato, mi estado de ánimo mejoró. Me sentí bien y obtuve una nueva cuota de energía.

Una hora más tarde, ya había ayudado a Sandy y a Mike en la preparación de varias hamburguesas. Fue durante la cena cuando arruiné todo.

-¿Puedes pasarme la mostaza, Mike? -pregunté.

Por supuesto, todo el mundo interrumpió lo que estaba haciendo y me miró, de modo que emiti una risita y dije que Kane me recordaba a alguien que conocía, alguien cuyo nombre era Mike. Las mujeres no me prestaron ni la más mínima atención, pero sin duda Sandy se había dado cuenta de todo. Me sentí mal por haber puesto en evidencia el secreto de Mike, y también me sentí realmente dispuesta a disculparme.

Después de la cena ayudé a ordenar todo, pero no conseguí quedar a solas con Mike -Ruth parecía pegada a su costado izquierdo-, razón por la cual me fui a dar un paseo.

Soy muy buena para caminar y pienso que eso me ayuda a poner en orden mis ideas, de modo que recorrí un sendero invadido por la maleza hasta llegar a lo que alguna vez había sido una bonita casa. Estaba ubicada en medio de lo que alguna vez había sido un hermoso jardín. Unas pocas rosas florecían todavía junto al porche.

-Un antepasado mío solía vivir aquí.

Mike había hablado en voz muy baja; de todas maneras, logró sobresaltarme.

-Disculpa -dijo-. Aunque pensé que deseabas estarsola, no quería perderte de vista.

Le sonreí. Bajo la luz de la luna se lo veía tan buen mozo como su hermano.

-Con respecto a esta noche... -empecé, pero Mike se rió y comentó que Sandy estaba acostumbrado a las bromas de mellizos, que todo estaba en orden después de las explicaciones que le había dado.

-Traje una linterna. ¿Quieres echar un vistazo?

Mike era un compañero ideal. Me habló de los antepasados que habían vivido allí, entre quienes figuraba un actor tan bueno que lo habían apodado el Gran Templeton. Por ser una amante de los relatos, quedé fascinada con esa casa y el descolorido papel de las paredes, lleno de grandes rosas.

-Cale -dijo Mike después de finalizar la gira por el lugar-, hagas lo que hagas, no le digas a Kane que estabas al tanto de nuestro intercambio.

No sabía qué importancia tendría eso, y me eché a reír.

-Hablo en serio -aclaró-. No cometas un error; no digas "Mike dijo" o "Mike hizo" .Es importante, Cale.

-Está bien. Palabra de niña exploradora.

Todo ese misterio de capa y espada parecía propio de mis libros.

-Debo irme a esperar la camioneta de Kane. La próxima vez que me veas seré otra persona.

Supongo que eso fue una muestra del humor propio de los mellizos. Extendí mi mano para estrechar la suya, pero Mike me dio un abrazo fraternal, me besó las mejillas, me hizo prometer que los visitaría a él ya su familia. Luego se fue, y yo sentí que acababa de perder a alguien que podría haber sido un amigo de toda la vida.

No tenía deseos de dejar la casa. Había buen ambiente en ella, como si la gente que había vivido allí hacía tanto tiempo hubiera dejado gran cantidad de amor y risas entre esas paredes.

Con la linterna que Mike me había prestado, recorrí las habitaciones de la planta baja, subí al desván y volví abajar. Sabía que se estaba haciendo tarde y que debía emprender el largo camino de regreso aun adorable grupo de mujeres; sin embargo, no podía dejar de postergar la partida.

Después de haberla retrasado hasta el último minuto, levanté la vista y vi a Kane Taggert parado en la puerta. En cada brazo sostenía aun chico de unos cinco años. Estaban dormidos, acurrucados contra su padre en una actitud de completa confianza; eran lo más hermoso que yo había visto en la vida. y sentí el deseo de tenerlos.

Cierta vez vi una mesa de treinta mil dólares que me encantó. Soñaba con ella del mismo modo como los hombres sueñan con los autos más veloces o una mujer sueña con un hombre; sin embargo, jamás había codiciado nada como en ese momento codiciaba a los dos pequeñitos dormidos.

Sabía que Taggert el Vaquero y yo éramos enemigos mortales; sabía que nos odiábamos; pero también sabía que debía tocar a esas deliciosas criaturas. Extendí la mano para acariciar un rizo más suave que el de un ángel.

-¿Son reales? -susurré.

En tono divertido, Taggert dijo:

-Muy reales.

Deslicé mi mano para tocar una mejilla sedosa. -Parecen demasiado perfectos.

Él soltó una breve risotada.

-No sé si son perfectos, pero por lo menos ahora están limpios. Dales dos horas y volverán a ensuciarse.

Vi que me miraba de una manera extraña. Lo ignoré mientras tocaba al otro niño dormido.

-¿Cuál es cuál?

-No es importante, pero éste es Jamie y éste es Todd.

No es importante, pensé. Qué palabras extrañas, y luego pensé: mellizos. Se suponía que Mike y Kane eran mellizos; los bebés de Mike eran mellizos, de modo que no había dudas: alguien pensaba que estos chicos también eran mellizos. No me importaba que los Taggert fueran una familia de chiflados. Si Kane quería fingir que sus hijos se parecían, estaba muy lejos de mí la intención de contradecirlo.

Mientras yo los miraba, empezaron a despertarse. Me asombró que tuvieran suficiente fuerza en los párpados como para levantar ese tupido montón de pestañas.

-¿Dónde estamos? -preguntó Jamie, frotándose los ojos con los puños cerrados.

-Ésta solía ser la casa de alguien -contesté-. Hay una enorme telaraña en el dormitorio, ¿quieres verla?

-¿Hay arañas? -preguntó Todd, con su hermosa cabeza todavía apoyada en el hombro de su padre.

-Una araña enorme y algunas moscas muertas.

A título de ensayo, extendí una mano y Jamie la tomó. Luego Todd extendió la suya. Unos segundos más tarde, los dos niños caminaban conmigo hacia el dormitorio.

Eran chicos adorables: inteligentes, curiosos, dispuestos a reírse en cualquier momento, llenos de vitalidad. Hablamos sobre arañas y telarañas, y yo describí en detalle cómo una araña atrapa a las moscas y les teje una tela alrededor.

Me senté en el piso un momento, con un cálido niñito en cada uno de mis brazos, y charlé con ellos.

Durante ese tiempo no supe qué estaba haciendo Papá el Vaquero. Tal vez se hallara en la puerta, observándonos, pero no tenía esa certeza; me sentía demasiado concentrada en los niños como para importarme dónde estaba él. Después de un rato, Kane les dijo a los chicos que debían volver al campamento para dormir, de modo que los tesoros empezaron a saltar y correr alrededor del cuarto en medio de un ruido ensordecedor. Kane logró capturar el cuello de una camisa e intentó hacer lo mismo con el otro, pero Jamie se paró detrás de mis piernas en busca de protección y luego Todd también trató de correr

hacia mí.

-Todd -propuse-, ve con tu padre, y tú, Jamie, ven conmigo.

Tan pronto como terminé de hablar, supe que había cometido un error. Imagino que no se suponía que yo pudiera diferenciar quién era quién. Me enorgullece decir que lo logré porque Todd tenía una mancha de grasa en el cuello de la camisa y así fue como los distinguí.

-¿Quién eres tú? -preguntó Todd. Supe que Todd iba a ser el hombre de negocios mientras que Jamie se dedicaría a romper corazones.

Evalué mi respuesta antes de contestar .

-Soy una narradora de cuentos.

Ambos chicos hicieron un gesto de asentimiento.

Como siempre, Kane pensó que yo era tonta y que no entendía ni el más simple de los conceptos.

-Creo que te pregunta por tu nombre -dijo. -Jamie, ¿cómo me llamo?

-Cale -contestó la brillante criatura, y yo le dediqué a Kane la más enigmática de mis sonrisas antes de adelantarme a ellos para salir de la casa.

Sabía que el chico conocía mi nombre, aunque no comprendía de qué manera yo encajaba en su mundo. Cuando una tiene un padre como el mío, un hombre que no te permite ni un poco de independencia y, al mismo tiempo, carga con enormes responsabilidades tus jóvenes hombros, una mitad tuya nunca es un niño y la otra mitad nunca crece. Entiendo a los niños porque noventa centimetros de mí todavía tienen ocho años de edad.

CAPITULO IX

Al día siguiente, Kane no me permitió acercarme a los pequeños. Resultaba obvio su deseo de que se encariñaran con Ruth, pero no se necesitaba ser un genio para ver que a Ruth no le gustaban los chicos. La delgadita del dúo quiso saber qué comían los chicos justo cuando Jamie se estaba metiendo un saltamontes en la boca. Me sentí muy complacida cuando lo escupió y fue a parar a la blusa de Ruth. Tuve que irme del campamento después de que ella le diera una palmada en las manos y le dijera: " Aleja de mi a esos bichos inmundos" .Tu ve que irme o me habría muerto atragantada de risa. Sí tuve la satisfacción de encontrarme con los ojos de Kane antes de darme vuelta y pude dedicarle una ceja levantada, tipo ¿ésta es la mujer con quien piensas casarte?" Tomé una manzana y emprendí el camino hacia la casa Templeton.

Una vez que llegué a la vieja casa, me sentí mejor y comencé a preguntarme cuándo podría regresar a Chandler y tomar el primer avión de juguete que saliera. Quería alejarme de todo el clan Taggert. Eran todos locos: tenían mellizos que no se parecían, se enamoraban y odiaban con la misma rapidez. Sería fantástico volver a Nueva York y estar con gente que actuara con cordura.

Subí al altillo, me senté en el borde de la ventana, miré hacia la ruta, comí mi manzana. En fin, iba a extrañar a esos chicos. Lo cual era absurdo, teniendo en cuenta que sólo los conocía desde hacía menos de veinticuatro horas. Jamie se había metido dentro de mi bolsa de dormir durante la noche; luego, por la mañana, Todd había llorado porque Jamie había pasado conmigo más tiempo que él. Ése fue el momento en que Kane apartó a los chicos de mí y los empujó hacia Ruth.

Estaba allí, comiendo mi manzana, cuando vi a Kane -solo, sin chicos- que se acercaba. Levantó la vista, me vio y, por un instante, pensé que había visto la cara fantasmal del actor muerto. Incluso desde el segundo piso percibí que se ponía pálido. Luego salió corriendo hacia la casa. Su modo de correr casi asustaba; era como si hubiera visto algo terrible,

aterrorizador .

Por mi parte, me sentí paralizada. N o pude moverme cuando él entró como un trueno en la casa y subió de un tirón la escalera hacia el altillo.

Me arrancó del borde de la ventana y caímos al suelo, donde mi espalda se deslizó sobre el piso agrietado mientras todos sus noventa kilos aterrizaban sobre mí. Al principio luché por zafarme de él, pero me detuve al darme cuenta de que no se movía. Estaba tendido sobre mí, mirándome como si yo fuera un espécimen de museo. Por un instante, lo miré con ojos llenos de furia como para indicarle que lo quería lejos.

¡Por Dios, qué buen mozo era! Tenía pestañas tupidas y cortas que se curvaban en forma natural, no como las mías, que sólo se curvaban después de ser torturadas durante diez minutos con un rizador especial. Sus labios eran carnosos, suaves, y estaban ligeramente entreabiertos; sentí su aliento en mi cara.

Supongo que todos nos consideramos seres racionales; nos gusta pensar que, enfrentados a una situación irracional -un edificio en llamas, por ejemplo-, actuaríamos con calma e inteligencia. Pero luego sucede algo horrible y nos avergonzamos de nosotros mismos porque actuamos justamente de la manera en que habíamos esperado no hacerlo.

Eso fue lo que hice mientras el enorme vaquero me miraba por debajo de aquellas pestañas, con su aliento suave y cálido sobre mí. Quise apartarme de él. De veras lo quise. Me imaginé saliendo de abajo de su cuerpo y parándome junto a él, las manos en las caderas, tranquila, triunfante, no afectada por su belleza, para decir algo así como: "Ni se te ocurra volver a tocarme".

Eso es lo que quise hacer. Lo que hice fue meter mi lengua entre sus labios.

El gesto me sobresaltó y también lo sobresaltó a él. Bueno, supongo que hizo algo más que sobresaltarlo. En realidad, lo puso en órbita.

Si hay algo que me gusta de ser mujer es que la evidencia de la excitación sexual no resulta visible para el mundo. Oh, una mujer puede ponerse colorada y respirar en forma un poco extraña, pero siempre tiene la posibilidad de decir que sufre un acceso repentino de calor. Por el contrario, los hombres no están capacitados para esconder lo que sienten... 0 tal vez "desean" sea el término correcto. y justamente en ese instante supe que aquel vaquero me deseaba: la evidencia de su deseo se abría camino por mi muslo izquierdo.

Ahora, pensé, sería el momento perfecto para apartarme de él y reírme en su cara. J a, ja, ja, diría. Tú me deseas ya mí tu pasión me importa un comino.

Pero la vida nunca sale como uno la planea; deseaba a ese hombre más que a nada de lo que hubiera deseado antes -excepto la publicación de mi primer libro-, y no iba a haber manera de que me apartara de él.

Creo que todo primer encuentro sexual tendría que realizarse a la luz de unos candelabros, con pequeños besos en la parte interna del codo y esa clase de cosas... pero no hubo posibilidad de que se diera ese tipo de encuentro entre ese hombre y yo. Ni siquiera nos besamos, sino que empezamos a manotearnos como si quisiéramos matarnos. Fue como una escena de sexo de esas películas extranjeras en blanco y negro, donde la gente habla y habla y habla, y uno no puede pensar nada más que en su vejiga repleta; luego, de repente, él la empuja a ella contra la puerta del galpón y uno se olvida de su vejiga.

Iniciamos la escaramuza con toda la furia y la rabia con que nos hablábamos. Su camisa se abrió de un tirón y yo descubrí lo que siempre había querido saber: por qué las camisas de los vaqueros tienen broches de presión en lugar de botones.

Resultan útiles en citas apresuradas en el granero. No sé cómo hizo para sacarme la ropa. Yo llevaba uno de esos irritantes jeans con cierre corto; para ponérselos, una debe sacar la cola hacia afuera y menearse rápidamente. Pero esta vez no tuve que menearme para que se bajaran. Éllos hizo deslizar por mis caderas con gran facilidad y luego, como un mago, pasó las manos sobre mis botas con cordones y se cayeron... simplemente, se cayeron sin necesidad de ninguna lucha.

Cuando sus manos volvieron a subir, ambos estábamos desnudos y, ;por Dios, qué cuerpo tenía ese hombre! No podía ver gran cosa de él, pero podía sentirlo, pensar en atletas hermosos, en la piel suave y cálida que cubría ese cuerpo. Cuando su piel tocó la mía, contuve el aliento como si alguien me hubiera mojado con agua fría... sólo que no fue el frío lo que produjo esa sensación en mí.

Los músculos no eran lo único interesante que tenía el hombre. He oído decir que la piel es el órgano más grande del cuerpo humano, pero con ese hombre pensé que deberían tomarse algunas medidas a fin de tener una certeza absoluta.

Tomó posesión de mí con toda la facilidad y la práctica de un ratero que se desliza dentro de un dormitorio del piso veintiuno.

Ahora venía la parte del sexo que yo odiaba. No tenía demasiada experiencia, pero tres minutos parecían ser el límite masculino. Cierta vez había leído acerca de hombres que intentaban romper el récord de los cuatro minutos por milla; luego me había preguntado por qué un hombre no dedicaba sus esfuerzos a algo importante como, por ejemplo, el acto sexual de cuatro minutos.

Al principio, me limité a yacer allí, lista para decepcionarme cuando él gruñera, se derrumbara sobre mí y dijera: "Eso estuvo bueno, nena", antes de empezar a roncar. Sin embargo, este tipo no se detuvo después de los tres minutos. No soy buena para controlar la hora en esas circunstancias, pero mi suposición es que, después de seis minutos, todavía seguía haciéndome el amor, suave, lentamente, como si no tuviera intenciones de parar antes del próximo sábado.

De veras no puedo explicar lo que empezó a sucederme; lo único que puedo decir es que empecé a despertar. Fue como si hubiera otra mujer dentro de mí -no, corrección: una diosa alta, hermosa, ru bia- que iniciaba un camino de regreso desde un lugar donde había permanecido dormida toda su vida. Lánguidamente, se movió, se incorporó, se frotó los ojos y miró a su alrededor. y cuando estuvo despierta, empezó a dilatarse. Se hizo más y más grande hasta que me llenó por completo, hasta la misma punta de los dedos. Me llenó la cabeza en forma tal que, por primera vez desde que podía recordar, no tuve historias en la mente. En lugar de historias, tenía a ese hombre en mi cuerpo y me sentía despierta, real, verdadera, totalmente despierta por primera vez en mi vida. Cada terminación nerviosa, cada poro, cada célula de mi cuerpo se habían vuelto alertas y sensibles y vivían.

No estoy segura de lo que hice. Quiero decir, no recuerdo adónde fueron mis manos, adónde fue mi boca. Recuerdo, sí, que en cierto momento él se dio vuelta sobre mi cuerpo y, Con noventa kilos de masculinidad haciéndome el amor, me deslicé por el piso y debí aferrarme a un fardo de heno para evitar seguir moviéndome.

Recuerdo haber perdido la vergüenza. Recuerdo no haber tenido inhibiciones. Recuerdo haber entendido por fin lo que quería expresar la gente al decir que el sexo era una necesidad básica como el agua y la comida. Hasta ese día, en ese altillo, Con ese hombre, no había creído en el viejo aforismo. Había creído que la gente necesitaba agua y comida pero no sexo.Estaba equivocada.

No creo haber emitido los pequeños gemidos cautivadores propios de una dama; tampoco puedo garantizar no haber emitido sonidos irracionales. En aquellos instantes me encontraba en un peldaño de la escala zoológica bien por debajo de los seres parlantes.

Al cabo de un rato empecé asentir que iba a estallar. Está bien, reconozco que es una frase gastada. Sé que ha sido repetida un millón de veces, pero la primera vez que le pasa a una, la situación se vuelve casi aterradora. y yo misma me iba llevando hacia eso.

Había leído acerca de los orgasmos y creía haberlos experimentado dos o tres, pero no había sido así. No, si hablamos de orgasmos verdaderos. N 0 es algo que cruza como un relámpago. Al menos no lo es para una mujer .

Supongo que al orgasmo podría comparárselo con las olas del mar que rompen en la orilla. Olas y olas, una detrás de la otra, subieron desde mi interior y se dirigieron a todos los límites de mi cuerpo. Parecía que no iba a tener fin; era algo que pulsaba, se extendía, retrocedía, al principio con urgencia y luego, gradualmente, se hacía más lento y, de una brillante luz blanca, se convertía en un suave resplandor .

Me dolían los dedos de las manos y los pies, como si las olas que había en mi interior los hubieran estirado hasta el máximo de sus posibilidades.

Después de un instante comencé a respirar de nuevo; la mujer de mis adentros, la diosa cuya existencia no conocía, se sintió cansada y emprendió el regreso. Con ella se fueron mis energías. También se llevó mi cólera y mi enojo en general Contra la vida. Nunca me había sentido tan tranquila, tan calma.

Cuando el hombre me besó la oreja, sonreí con aire soñador, me acurruqué contra su piel transpirada, seguí a la diosa hacia mi interior y me dorrní.

Más tarde, al despertar, todavía en brazos de Kane, su piel junto a la mía, supe de repente que debía compartir con él otra cosa, y no sólo la más grande experiencia sexual jamás registrada en la historia del mundo.

Cierta vez en que fui jueza en un concurso de Miss Estados Unidos, una de las tantas instrucciones que nos dieron consistía en no darle a ninguna de las chicas una calificación inferior a cinco. Nos dijeron, y estuve de acuerdo, que las chicas habían trabajado mucho y que, por lo menos, merecían un cinco en cualquier categoría.

Los organizadores del concurso habían pedido a voluntarias del lugar que sustituyeran a las participantes con el fin de que nosotros pudiéramos practicar con las computadoras. Sentado junto a mí estaba el famoso actor Richard Woodward y, cuando la primera voluntaria

hizo unas piruetas frente a nosotros, anotó un dos. Bien, yo no conocía a ese hombre, pero sabía que los promedios del ensayo serían mostrados en una pantalla; no creí que fuera muy simpático de su parte darles a esas lindas y nerviosas muchachas una puntuación tan baja, de modo que se lo dije.

Richard me miró y dijo: "Tú eres una verdadera escritora, ¿no es así?"

Me sentí muy halagada ante eso porque, para mí, "verdadera escritora" significaba Premio Pulitzer. Nada de ventas, sino el premio. Mientras me ruborizaba por el homenaje, Richard agregó: "Los verdaderos escritores son incurablemente inquisitivos y no pueden callarse la boca".

Me eché a reír en forma tan ostensible que nuestro supuesto profesor me llamó la atención; después de eso, Richard y yo fuimos grandes amigos.

Bueno, yo soy una verdadera escritora en todo sentido. Soy inquisitiva y no me callo la boca. Si alguien me dice que acaba de divorciarse, le pregunto: "¿ y por qué te divorciaste?".

Kane y yo habíamos sido presentados, habíamos compartido lo suficiente como para empezar a llamarnos por nuestros nombres de pila, de modo que dije:

-¿Qué fue lo que pasó con tu esposa?

La sutileza no forma parte de mi personalidad y, además, he descubierto que con el abordaje directo consigo el silencio o una historia.

Sentí que Kane dudaba. Una parte de mí percibió que nunca le había contado a nadie, a ninguna persona sobre la faz de la tierra, la verdad sobre su esposa. Mientras se decidía, contuve el aliento porque de repente me di cuenta de que deseaba saber todo lo que ocurría en su interior. Fue en ese momento cuando él se convirtió en una persona para mí. Quizá se debiera al sexo, quizás a su apariencia, quizás a la dulzura de su aliento, y quizás a mi amor por una historia proveniente de cualquier fuente, pero no lo creo. Pienso que se debió ala intuición de que en él había algo más que músculo y atractivo sexual. Creo que supe que un hombre capaz de hacerme sentir como él acababa de hacerlo no era un necio insensible: en su interior había una persona real.

-Tengo un hermano mellizo -dijo.

No dejé de contener el aliento. Varias veces me había preguntado por qué Mike me había pedido que no permitiera que Kane se enterase de que yo estaba al tanto del intercambio de unos días antes.

Kane continuó. -Hay un dicho muy tonto en mi familia: Te casas con quien sabe distinguir a los mellizos.

Mi Dios, pensé. No resultaba extraño que Mike me hubiera pedido que, por una vez, me callara la boca. ¿Casarme? ¿Yo? ¿Casarme con un vaquero enorme y atractivo que, hasta hacía pocas horas, me disgustaba de todo corazón?

-¿Tu esposa lograba hacerlo? -pregunté, y mi voz sonó muy débil.

Kane pareció no reparar en mi voz al empezar a contarme cómo la había conocido en París.

¿París?, pensé. ¿Qué hacía un vaquero en París? ¿Acaso había ido a hacer peinar a su mejor toro?

En fin, había ido a París, la había conocido, se había enamorado perdidamente de ella y se habían casado a los seis días. En algún momento de esos seis días él llamó a su madre y mandaron a Mike para que conociera a la novia, Ahí, Kane se puso tenso mientras contaba que la familia había mandado a su hermano para averiguar si ella era capaz de distinguir a los mellizos.

-Y como no pudo hacerlo, se acabó todo -explicó Kane-.Ningún otro miembro de la familia, salvo Mike, asistió a la boda. Fue como si la hubieran descartado en nombre de una estúpida leyenda familiar.

No agregó nada, de modo que dije:

-¿Pero entonces la querías?

Rogaba que no me dijera que la leyenda había resultado cierta, que su amor se había terminado al cabo de dos semanas.

-Sí,la quería. La quería terriblemente, Estábamos hechos el uno para el otro. Era como si fuésemos las dos mitades de un todo. Si ella tenía una idea, yo la tenía al mismo tiempo. Nos gustaba la misma comida, la misma gente; deseábamos hacer lo mismo al mismo tiempo.

Si yo hubiera vivido con alguien de esa manera, me habría vuelto loca en una semana. De hecho, cierta vez había tenido un novio con esas características. Mis compañeras de estudio me comentaron que era muy afortunada, pero yo creía que la situación iba a hacerme salir de mis casillas. Una noche dije que tenía ganas de comer comida italiana y, cuando él contestó que le apetecía lo mismo, yo fui al ataque: "¿Qué pasaría si quisiera comida china? ¿Qué pasaría si quisiera gato de Pekín? –le grité al pobre muchacho-. ¿No tienes ideas propias? ¿Nunca piensas en una buena discusión a la antigua sobre adónde ir a comer esta noche?" ¿Acaso necesito aclarar que ese joven en particular jamás volvió a llamarme?

Aprendí hace mucho tiempo que la gente no es como yo y que, tal vez, la mayoría de las personas disfrutan de una convivencia en plena paz y armonía. Personalmente, nunca experimenté una sensación de tranquilidad, por eso mi intuición me dice que no es algo para lo cual tenga un talento natural.

En un momento, Kane me estaba hablando de su esposa muerta, y al siguiente me hablaba de la esposa de su hermano; por un instante, debido al tono de su voz, pensé que estaba enamorado de ella. Me explicaba cómo su familia había aceptado ala esposa de Mike, Samantha, y no a su propia esposa. Había cólera en su voz, pero me agrada decir que no había celos.

¿Y ahora qué hago?, pensé. ¿Diría: "Hola, yo sí puedo distinguir a los mellizos"? No creo mucho en la magia -los espectáculos de magia me hacen dormir-, y estaba segura de que en los Estados Unidos había cientos de mujeres capacitadas para distinguir a Kane de su muy diferente hermano. La próxima vez que Kane se casara, debería elegir a alguna de ellas y hacer feliz a su familia.

Él siguió hablándome, describiéndome en detalle su paradigma de esposa. Me contuve para no hacer comentarios sarcásticos sobre lo "perfecto" que sonaba todo, es decir, lo perfectamente aburrido. Conversaciones perfectas, sexo perfecto, hijos perfectos. De haber vivido ella, ¿habrían tenido un divorcio perfecto? Quizá no se hubieran divorciado y yo soy una cínica, pero todos los matrimonios a cuyas esposas oí decir: "Mi marido es adorable, nunca discutimos" , terminaron en divorcio. Los matrimonios que duran incluyen a una esposa que dice: "Mi marido es un pesado" , y luego hace una elaboración sobre el tema. Tal vez tenga que ver con decirse a una misma lo que espera sea la verdad, y enfrentarse con lo que es en realidad.

Kane siguió hablando de su tristeza después de la muerte de ella y de cómo no se le había permitido elaborar un duelo. Todos los miembros de la familia mostraban la misma actitud: " Anímate y piensa en tus hijos". Él deseaba sentarse en una habitación a oscuras y llorar durante días, pero era su suegra quien lloraba mientras Kane debía ser fuerte y hacerse cargo del dolor de los demás. ¿ Cómo podían llorar su muerte -se preguntaba- cuando nunca se habían mostrado contentos con su vida?

En resumen, no había podido llorar. Todos pensaban que lo único importante eran los chicos, que iban a necesitar una madre. Kane no era del tipo de hombre que fuera a ponerse a gritar que él también necesitaba a su esposa, de modo que se guardó las lágrimas y siguió como siempre, salvo que ya no habría nadie esperándolo al final del día. Nadie que se riera de sus chistes y le masajeara los hombros cansados, nadie con quien compartir ideas... nadie con quien hacer el amor .

No sé por qué la gente tiende a contarme sus secretos más intimos. Quizá se deba a mi interés, pero, en fin, quizá se deba a que soy muy receptiva.

Vi un episodio de Viaje a las estrellas en el que había una mujer receptiva; sentía las alegrías y los sufrimientos de otros. Eso es lo que hago yo. Creo que tiene que ver con el hecho de ser una mediadora y una buena oyente: trato de resolver los problemas de las demás personas. Si quiero algo, lo persigo hasta alcanzarlo. Veo las cosas como a lo largo de un túnel. Nada me distrae, nada me desalienta.

Todo eso me costó aprenderlo, con una abominable secretaria; ella me enseñó que no todos son iguales a mí. Hildy me dijo que su máxima ambición en la vida consistía en escribir libros para chicos. En realidad, había escrito uno y sólo necesitaba un editor.

N o sé qué anda mal conmigo: creo lo que la gente me dice.

Hildy dijo que deseaba un editor, de modo que me valí de algunos favores y consegui que uno de los más importantes editores de obras infantiles en Nueva York aceptara leerlo.

Luego me pasé tres días tratando de comunicarme con Hildy por teléfono. Cuando por fin lo logré, un domingo ya tarde, me atendió muy enojada: dado que no la habia llamado como le había prometido, había mandado su manuscrito por correo a otra editorial. Por supuesto, había sido rechazado, y ella sentía que era por mi culpa.

Me llevó largo tiempo deducir lo siguiente: lo que realmente quería Hildy era decirle al mundo que algún día escribiría libros para chicos.

Dado que yo escucho a la gente con tanta atención, tratando de calmar sus suspiros angustiados con ofrecimientos de ayuda que después hago efectivos, supongo que ésa es la razón por la cual me exponen sus problemas.

Pero no sabía qué ayuda ofrecerle a Kane. Tal vez pudiera reunir a sus familiares y echarles una buena reprimenda. Tal vez pudiera llevarme a sus hijos por un año para que él pudiera irse a llorar; de todos modos, sabía que él no me los dejaría. Tal vez pudiera decir: "Kane, sé distinguir entre tú y tu hermano. De ahí deduzco que te convengo más de lo que te convenía tu perfecta esposa" .

Claro, estupendo. Un enorme vaquero buen mozo, cuya idea de pasar un buen rato consistía en cambiar las herraduras de un caballo, y una avispada chica de la ciudad. ¿Se suponía que yo me casaría con él, me trasladaría al campo e intervendría en la exposición regional de ovejas? Quizá Kane se mudara a Nueva York, se convirtiera en el marido de Cale Anderson y me sirviera unas copas mientras yo firmaba autógrafos en las reuniones sociales.

Por otro lado, si hablamos con el corazón en la mano, no me imagino a nadie deseoso de vivir conmigo. No es que quiera dramatizar las cosas, pero si ni siquiera les gustas a tus padres, nunca crees realmente que alguien guste de ti.

CAPITULO X

Decir que después del sexo y la charla la situación entre Kane y yo resultó incómoda es poco decir. No sé cuánto tiempo podríamos haber permanecido allí, abrazados, seguros, si Sandy no hubiera aparecido con los chicos. En el mismo momento de oír sus voces, el hechizo se rompió y nos miramos, primero horrorizados, luego avergonzados. Tan rápido como pude me vestí, estremeciéndome porque mis rodillas estaban despellejadas. Al tratar de ponerme las botas, descubrí que los cordones estaban cortados. De modo que así fue como los desató, pensé, y luego tuve que bajar torpemente la escalera con las botas sueltas.

Sandy, de pie detrás de los chicos, nos dirigió una sola mirada y vi que sabía lo que había pasado. No pude enfrentarme ni con sus ojos ni con los de Kane, de modo que me concentré en los niños.

Sandy había traído caballos y debí montar para regresar, cosa que resultó positiva dado el estado de mis botas. Al llegar al campamento, Kane sacó un ovillo de hilo de algodón y manifestó su intención de atarme las botas; yo le arranqué el ovillo de las manos y dije que me las arreglaría sola. Se quedó contemplándome, pero no le devolví la mirada.

La noche anterior había dormido afuera, cerca de los hombres y de los niños; las mujeres habían permanecido en una vieja cabaña, y esa noche me fui adentro con ellas. Lo que había pasado entre el estúpido vaquero y yo había sido un accidente; no quería agregar nada a ese error. A la mañana siguiente me iría a Chandler aun cuando tuviera que hacerlo a pie.

El pensar en accidentes me llevó a preguntarme si habría quedado embarazada. No recordaba que hubiéramos empleado ninguna forma de control anticonceptivo.

-Puedo abortar -dije en medio de la oscuridad.

Ni loca mataría a mi propio hijo. Nunca había pensado demasiado en el tema, pero en aquel instante me imaginé en una mecedora, a las tres de la madrugada, amamantando aun bebé de pelo negro y escribiendo notas para mi próximo libro. Me imaginé vendando la rodilla de un niño de tres años y limpiando lágrimas infantiles. Imaginé a una mucama lavando pañales sucios y limpiando manchas de zanahoria impresas en la pared de la cocina. (¡Caramba, sí que soy realista!)

Durante horas no conseguí dormirme y, cuando desperté, no había nadie en el cuarto.

CAPITULO XI

Al día siguiente no vi mucho a Kane. En realidad, casi no lo vi, lo cual me convenía porque no sabía qué sentía por él. Se fue con Ruth al bosque y me dejó a cargo de sus lindos chicos.
En fin, los dejó con Sandy, pero me las arreglé para quedarme con ellos y pasamos un buen rato investigando en todas las viejas casasde Eternity, inventando historias acerca de quiénes habían vivido allí y cómo habían muerto. Al mediodía, apoyaron la cabeza en mi regazo, uno de cada lado, y les conté cuentos hasta que se durmieron.
Eran cerca de las tres cuando volvimos al campamento; Sandy se hallaba solo, durmiendo la siesta a la sombra. Enseguida los chicos le saltaron encima y me di cuenta de que él quería estar con ellos, de modo que, de mala gana, se los dejé y fui hasta la ruta que llevaba a las afueras del pueblo. Allí vi una camioneta y supe sin lugar a dudas que era la que me llevaría de vuelta a Chandler. Me preparé para enfrentar la situación y justo en ese momento vi a Mike junto al vehículo; de nuevo me sorprendió lo distinto que era de Kane. Mike tenía pestañas tupidas pero cortas, labios casi delgados y un cuerpo a punto de volverse gordo. Además, el tono de su voz era más agudo que el profundo retumbar de la de Kane.
-Hola, Mike -dije-. ¿Cómo están los bebés? Cuando Mike se dio vuelta para mirarme, supe que algo andaba mal. No tuve que hacer uso de muchas neuronas para deducir qué era. Demasiado tarde vi el par de botas que colgaba hacia afuera por un costado de la camioneta.
¿Por qué los hombres aman echarse boca abajo en el asiento de un auto y mirar los alambres situados debajo del tablero? ¿Es eso lo que hacen cuando sus madres los convencen al fin de que resulta socialmente inaceptable tirarse al piso y mirar por debajo de las faldas de las chicas?
-¿Quieres esta llave de tuerca? -le preguntó Mike a su hermano y, por un instante, ambos nos quedamos sin respirar . Tal vez Kane no me había oído. Tal vez Kane tenía las orejas llenas de alambres de auto y no se había dado cuenta de mi traición.
Nunca he sido una persona afortunada.
Kane no ocultó su enojo. Estaba furioso. Sin mirarnos ni a mí ni a su hermano, se dio vuelta bruscamente en el asiento, salió de la camioneta y empezó a trepar por la ladera más cercana, a través de arbustos y rocas, devorando terreno con toda la energía que da la furia.
Lo seguí porque pensé que se merecía una explicación.
-¿Y ahora qué? -preguntó tan pronto como Cale lo alcanzó-. ¿Debo pedirte que te cases conmigo?
Ella ignoró su ironía y no fingió desconocer a qué se refería. -Seguramente hay otras personas capaces de distinguir entre tú y tu hermano.
-Mi madre, a veces mi padre, mi hermana más pequeña...
-Su voz se hizo más débil. -Y la esposa de mi hermano.
-¿Es realmente así?
La incredulidad de Cale se tornó evidente en el tono de su voz.
Cuando él se dio vuelta para mirarla, ya no era el vaquero de dulce expresión con quien había dado unas volteretas. Tenía una ceja levantada y las ventanas de su nariz se ensanchaban coléricas.
-No hay duda de que para ti no somos parecidos. Es por algo que tiene que ver con las pestañas y con quién de nosotros es menos delgado, ¿verdad?
No iba a responder a eso, porque él había estado demasiado cerca de la verdad.
-Sabes, por supuesto, que esto invalida la leyenda. Siguió mirándola, sin ningún cambio en su expresión. -¿Por qué lo dices?
-Tu esposa no era capaz de distinguirlos a pesar de que ustedes eran la pareja del siglo. Yo puedo distinguir entre tú y tu hermano, pero tú y yo no nos toleramos. -Hizo una pausa antes de continuar. -Excepto en el sexo -dijo en voz baja.
Él miró hacia otro lado. -Claro, excepto en el sexo.

-Deberías casarte con alguien normal, alguien que desee ser esposa y madre, que quiera vivir en el campo y montar a caballo y ordeñar vacas... o lo que sea. Por encima de todo, no deberías pensar en casarte con alguien debido aun gran... quiero decir, un común encuentro sexual. Esas cosas pasan. Apuesto a que pasan con cada grupo que guías, especialmente con mujeres de Nueva York. -Se estaba entusiasmando con el tema. -En N ueva York existe el miedo a las enfermedades, de modo que las mujeres no se sienten seguras, pero sí se sienten seguras con un enorme vaquero limpio que ha vivido siempre en el puro e inocente Colorado. Quiero decir, ¿de qué te puedes contagiar con un vaquero? ¿De una enfermedad equina? ¿De ántrax? ¿Son la misma cosa? En fin, fue sólo algo que pasó. El momento adecuado, el lugar adecuado. Apuesto a que si Ruth hubiera estado en esa ventana habría... sido... ella a quien tú... -Empezó a frenarse y, horrorizada, debió admitir que sentía celos. Sí, pensó. Sí. Si Ruth hubiera estado allí, Kane la habría arrancado de la ventana. Entonces Ruth y Kane habrían...

Se levantó, se limpió la parte trasera de los jeans.

-Hay miles de mujeres en el mundo. Vea buscarlas y encuentra a alguna que encaje en tu leyenda. Yo no soy la indicada. No soy la princesa de nadie, no estoy en ninguna torre.

Durante todo el camino cuesta abajo, a cada paso que daba, esperé que él me siguiera. Dado que mis pensamientos me pertenecen, deduje que podía complacerme en ellos: no había nadie a quien contárselos ni nadie que se riera de mí.

Sabía que soñar que él me siguiera era una estupidez. Sabía que éramos totalmente incompatibles; ni una sola vez nos habíamos dirigido la palabra en forma civilizada. A excepción de una tarde de magnífico, divino, celestial acercamiento sexual, seguido de un hombre hermoso en actitud de abrazarme y abrirme su alma, siempre nos habíamos peleado. No nos gustábamos. No teníamos nada en común. Salvo, quizá, los dos niños que yo deseaba. Que deseaba en abstracto, entiéndase bien. ¿En qué estaba pensando ? ¿En trasladar a esos adorables chicos desde las regiones despobladas de Colorado, desde el puro aire de las montañas, a un departamento de Nueva York con sólo una terraza por lugar de juego? Por supuesto, crecer en Colorado no constituía una garantía de feliz desarrollo. Tal vez a esos chicos les gustara la enorme y sucia Nueva York. O tal vez yo pudiera mudarme a Colorado.

Ninguno de esos pensamientos me hizo bien, porque el vaquero no vino detrás de mí, no se arrodilló ante mí y no me dijo que no podía vivir sin mí. En realidad, se quedó allá arriba mientras yo bajaba.

Mike esperaba al pie del cerro. Yo ni había imaginado me esperaría, pero él hizo una buena imitación de un estado de ánimo preocupado. Yo me sentía tan deprimida que no le sugerí que debería visitar un gimnasio de vez en cuando. Comparado con Kane, Mike resultaba una versión desvaída de la perfección.

-Quiero volver a casa -dije.

-¿A casa?

Mike parecía tan tonto como alguna vez yo había supuesto que era Kane. Pero Kane no era tonto. Él era listo y divertido y bueno y... y yo deseaba que creyera en esa estúpida leyenda. Mis fantasías comenzaron a acosarme; me imaginé aun padre con una escopeta, obligándonos a casarnos porque nos adecuábamos a la profecía. ¿Dónde estaban los padres con escopetas cuando una realmente los necesitaba?

-Sí, a casa. A Nueva York.

Mike miró hacia la cima del cerro, pero yo sabía que no vería a su hermano.

-Nos despedimos allá arriba -dije.

-Pero...

Resultaba obvio que Mike ya no sabía qué decir. Sin lugar a dudas, había cumplido con lo prescripto y había arrastrado a su esposa ante el tribunal familiar antes de pensar en casarse con ella. En fin, era positivo que nada fuera a salir bien entre Kane y yo; yo no servía para la vida de familia y seguramente acabaría odiando a la suya.

-Mike -dije lentamente, como dando a entender que de veras lo sentía así-, quiero que me lleves a Chandler para poder irme de este estado. Quiero volver aun lugar donde se limiten a arrancarte el corazón.
No a rompértelo, como hacían en Colorado.
Tuve que mirar hacia otro lado porque estaba sucumbiendo a mi aptitud para el drama. Por una vez, quería hacer una salida poco ostentosa. Nada de berrinches ni pataletas. Deseaba mantener incólume mi orgullo y desaparecer.
Mike tardó una eternidad en ayudarme a recoger mi equipo de campamento. Yo sabía que trataba de darle tiempo a su hermano para decidirse. Pero Kane ya se había decidido, y tenía derecho a ser tan inteligente. Yo habría resultado una esposa abominable. Me habría entusiasmado con un libro y me habría olvidado de la comida durante varios días seguidos. De no tener una niñera para los chicos, tal vez me habría olvidado también de ellos. jY que el cielo ayudara al pobre hombre si alguna vez me hacía enojar! Me prepararía bien y haría lo que él no querría que hiciera, sólo por llevarle la contra. Sumándolo todo, para alguien como yo lo mejor era vivir sola. Ser libre. Sí, eso era. Libertad. Libertad para ir y venir a mi gusto. Libertad para... para no tener a nadie que se riera de mis chistes, nadie que me masajeara los hombros contracturados de tanto escribir, nadie que escuchara el resumen de mi último argumento: Nadie con quien hacer el amor.
Mike consiguió perder el tiempo hasta la caída del sol. Luego comenzó a encontrar razones que justificaran el postergar nuestra partida hasta el día siguiente.
-¿Acaso Colorado está tan atrasado como para no haber puesto luces en los autos? -pregunté con mi más desafiante actitud neoyorquina.
Mike se rindió y fuimos hasta el pequeño pueblo de Chandler. Quiso llevanme a la casa de sus padres. ¿Y qué más? ¿Arroparme en la cama de Kane y confiar en que su hermano volviera durante la noche y se metiera en la cama conmigo?
Le pedí que me llevara aun motel y, alas diez de la mañana del día siguiente, me acompañó al aeropuerto, donde subí a un avioncito que me llevaría a Denver. Desde allí volé a Nueva York.
Mi editora no se mostró muy contenta conmigo. Durante las seis semanas posteriores a mi regreso de Colorado, no maté a nadie. Me refiero a hechos escritos, por supuesto. Dado que la empresa me mandaba todo ese adorable dinero sólo por matar gente, tampoco sus miembros estuvieron muy contentos.
No era que no escribiera. Trabajaba de diez a catorce horas por día, pero escribía sobre novias encargadas por correo y bodas realizadas a fuerza de escopetas. Nunca terminaba las historias, me limitaba a escribir propuestas y mandárselas a mi editora.
Al comenzar la séptima semana, vino a mi departamento para hablar conmigo.
-No es que nos importe que cambies de género -dijo con paciencia. (Todos los editores dan las malas noticias a sus autores de más venta con gran paciencia y tacto, como si le hablaran aun hombre con un machete en la mano: "N o es que esté mal que quieras cortar y mutilar...".)
-Después de todo -continuó-, las novelas románticas dan mucho dinero.
(Gracias a Dios, yo no intentaba escribir algo que no diera dinero: se habrían producido ataques de histeria masivos en los pasillos de la editorial.)
Bajó la voz y sonrió con dulzura.
-Es sólo que tus novelas románticas no resultan nada buenas. Son muy tristes.
La vida es extraña, ¿verdad? Una mata gente en libro tras libro ya eso no se lo considera triste, pero la heroína de un romance se enamora deun tipo que luego desaparece en medio del crepúsculo, ya eso se lo considera muy triste. Si se lo mata al hijo de perra, la historia se convierte en una tragedia. La tragedia está bien, el asesinato es grandioso, pero lo triste es malo. Peor aún, lo triste no se vende.
Escuché todo lo que me dijo y advertí que, por primera vez, no había traído ni flores ni comida: una prueba concreta de que los ejecutivos de la editorial estaban irritados de veras. Seguramente deseaban sacudirme hasta hacerme entrar en razón, hasta hacerme ver que mi

obligación en la vida consistía en matar gente por escrito y mantener a las familias de todos los que trabajaban en la empresa.
Lo extraño era que yo deseaba escribir novelas de misterio.
Era feliz cuando me enojaba. Me sentía feliz y confiada cuando; me peleaba con los taxistas e imaginaba a qué personaje, mataría a continuación. Ayer tuve que ir a Saks a devolver un traje que no me caía bien, y le dije al taxista que me llevara hasta la Quinta Avenida y la calle Cincuenta. Diez minutos después estaba en la Primera Avenida, es decir, en dirección opuesta a Saks. Dije con calma: "Tomó el camino equivocado". Cuando el conductor terminó de decirme con sus siete palabras de inglés que era su primer día de trabajo, sonreí y le indiqué cómo llegar a Saks; luego pagué toda la tarifa de la excursión y le dejé una propina de un dólar con cincuenta. Creánme, ésa realmente no soy yo.

CAPITULO XII

Cale oyó el helicópetro mientras estaba en su departamento, con las puertas de la terraza abiertas, jugueteando con una novela de lectura poco digerible acerca de un amor no correspondido. Al principio no le prestó atención, pero luego el ruido se tornó más fuerte y dio la impresión de provenir de un solo lugar, un lugar situado justo frente a sus ventanas. Irritada, se acercó a las puertas y vio que, en efecto, había un helicóptero suspendido sobre su terraza. Por supuesto, eso debía de ser ilegal, pensó. Por supuesto, Nueva York debía de tener ordenanzas contra los helicópteros que se acercaban demasiado a los edificios de departamentos.

Con una mano en el picaporte, empezaba a cerrar la ventana cuando oyó un sonido extraño. Curiosa, miró hacia arriba para ver el ruidoso helicóptero que mandaba ráfagas de viento hacia la terraza. Luego abrió la boca, sorprendida.

Allí había un hombre, con el pie en una especie de estribo, bajando con una gruesa cuerda desde el aparato. El primer impulso de Cale consistió en cerrar la puerta y salir del departamento, pero luego volvió a mirar. Los pies del hombre estaban calzados con a\go que parecían botas de vaquero de un profundo rojo carmesí. Sólo una de las personas que había conocido en su vida usaba botas de vaquero: Kane Taggert.

Quiso cerrar la puerta y volver a entrar en el departamento. En cambio, salió a la terraza y observó el lento descenso hombre. En medio de todo lo absurdo de la situación, tenía puesto un traje de etiqueta a las cuatro de la tarde y, si ella veía con claridad, llevaba una gran botella verde debajo del brazo y dos copas de champaña en la mano.

Retrocedió cuando él terminó de bajar y sacó el pie del estribo. No dijo ni una palabra mientras él le hacía señas al helicóptero para avisar que había bajado bien. Después de la partida del aparato y del restablecimiento de la calma, tampoco dijo nada; se limitó a quedarse allí parada, mirar al hombre enorme que estaba en su terraza y esperar a que él dijera algo.

Con una ligera sonrisa, Kane abrió la botella, sirvió la champaña y le alcanzó una copa. Cale no la aceptó.

-¿ Qué es lo que quieres? -dijo con toda la hostilidad de que fue capaz.

Kane bebió un largo sorbo antes de contestar .

-Vine a pedirte que te cases conmigo.

Sin vacilar, Cale se dio vuelta y se dirigió a las puertas del departamento. Cuando Kane le aferró el brazo, hizo un movimiento para soltarse.

-Apártate de mí -dijo-. No quiero volver a verte. -Cale... -empezó él.

Ella se dio vuelta violentamente para enfrentarlo.

-No puedo creer que sepas mi nombre -dijo en tono cortante-. Pensé que era "la escritora". -Con un suspiro, trató de serenarse. -Está bien, has hecho tu entrada triunfal y estoy impresionada, de modo que ya puedes irte. Puedes usar el ascensor, a menos que decidas bajar en paracaídas.

Kane se interpuso entre ella y las puertas de la terraza.

-Supongo que merezco que me trates así. Sé que he sido un infame. Me lo dijiste tú, me lo dijeron Mike y Sandy, me lo dijeron mis hijos. Hasta mi madre y mi cuñada, que no te conocen, me dijeron en términos muy gráficos que soy un idiota, un estúpido y, en general, un tonto.

Cale no se sintió ni siquiera ligeramente conmovida por sus palabras.

-Estoy segura de que hay otras mujeres capaces de distinguirte de tu hermano -dijo-. Vete a buscar a una de ellas. Tus tácticas no tendrán resultado conmigo.

Una vez más, Kane la tomó de un brazo.

-No fue la cuestión de los mellizos. Fue que tú me hiciste olvidar a mi esposa.

Ella lo miró con la frente fruncida.

-Fue Ruth quien te hizo olvidar a tu esposa.

Kane la soltó, caminó hasta el borde de la terraza y miró la parte trasera del edificio de la General Motors. Antes de su construcción había habido una excelente vista del Plaza Hotel y de Central Park.
-No sé si alguien te lo dijo, pero Ruth se parece a mi esposa. Al ver su foto comencé a imaginar que me sería devuelto lo que una vez había tenido. Pensé en hacer volver a la vida a Janine; pensé en picnics y caminatas ala luz de la luna y en los cuatro acurrucados el uno junto al otro. Nunca me cuestioné cómo era Ruth, porque creí saberlo. Había perdido al esposo y al hijo en un accidente, como me había sucedido a mí, y sabía que estábamos hechos el uno para el otro.
Se volvió para mirar a Cale y no vio ninguna expresión de perdón en su cara.
-Creo que me sentí atraído por ti desde el primer momento. Estabas sentada sobre esa valija y parecías enojada con el mundo. Luego empezaste a estornudar y cuando me miraste... -Sonrió.
-Bueno, me hiciste sentir como si todos los actores de cine, atletas y astronautas se hubieran personificado en mí. Pensé que eras la cosa más bonita que había visto en años, y eso me enojó mucho.
Tomó un sorbo de champaña y la miró.
-Estuve muy mal con lo de la serpiente. Debería haberte dado las gracias, pero eso de que te mostraras tan eficiente, tan audaz y hermosa, todo ala vez, no encajaba en mis planes. Ahí estaba Ruth, mi mujer ideal, y ahí estaba yo, deseando a una rubiecita peleadora. Me hiciste sentir... en fin, adúltero.
Terminó su copa, se sirvió más champaña y miró hacia otro lado.
-Pasé el último mes junto a Ruth Edwards; demoré un largo tiempo, pero por fin me di cuenta de que no era Janine, de que era una persona muy distinta. En realidad, era alguien que no me gustaba demasiado. -Se rió. -Y mis hijos la odiaron.
Se dio vuelta para mirar a Cale, que toda vía permanecía de pie junto a la puerta de la terraza, con una expresión indescifrable en la cara.
-De modo que soy algo así como tu segunda elección -dijo ella-. Vamos, vaquero, seguramente puedes encontrar a una tercera mujer y decidirte por ésa. ¿Por qué elegir entre mujeres de Nueva York? Encuéntrate una agradable vaquera y...
-Yo vivo en Nueva York -la interrumpió él, y era evidente que no tenía intenciones de profundizar en el tema.
-Has dicho lo que querías decir, de modo que ahora puedes irte -contestó Cale, pero Kane la tomó en sus brazos, la hizo dar vuelta y la besó. Le besó las orejas, el cuello, la cara.
-Te amo, Cale -dijo contra sus labios-. Adoro la manera en que me obligas a mirarte a ti y me impides mirar a otras mujeres. Adoro tu ironía, tu sentido del humor. Adoro la manera en que miras a mis hijos, la manera en que me miras a mí. Adoro la manera en que hacemos el amor juntos. Adoro tu eficiencia, tu vulnerabilidad, tu necesidad, tu...
-¡Yo no necesito nada!
No resultaba fácil pensar, con él tan cerca de ella. Ante esa afirmación, Kane se rió burlonamente.
-Nunca conocí aun ser humano con tantas necesidades como tú. Necesitas -le besó la punta de su nariz- amor. -Le besó la mejilla. -Bondad. -Con cada palabra, le besaba dulcemente otra parte de la cara. -Atención. Una familia. Seguridad.
Ella se apartó bruscamente de sus brazos. -¡Y tú necesitas un cachorrito!
Él no permitió que se alejara.
-Yo necesito a alguien que vea la realidad. Necesito a alguien que no me deje hundir en la autoconmiseración durante años, ciego ante todas las otras cosas de la vida. Pienso que, si llego a sentirme melancólico, me patearás, me dirás que deje de lagrimear y me darás algo que hacer. No te imagino permitiéndole a alguien el lujo de hundirse en su propio dolor .
-Me haces quedar como el supervisor de una plantación.
Riéndose, la atrajo hacia él y apretó su cuerpo contra el de ella.
-¿Qué puedo decir para Convencerte de que te amo y quiero casarme contigo?

Cale se apartó de él y lo mantuvo a distancia con el brazo.
-Mira, sé que crees que todo esto es muy romántico. Tuvimos un encuentro fugaz... bueno, está bien, algo más que un encuentro fugaz, en un altillo, y empezaste a pensar que eso era la base de toda una vida juntos. Sin embargo, no puedes casarte conmigo. No estoy hecha para... ser una esposa.
-¿ Qué es lo que tienes de malo ? -preguntó él, pero porel tono de su voz ella advirtió que le estaba tomando el pelo.
-Soy una ejecutiva, eso es lo que tengo de malo. Soy una gran ejecutiva. -Suspiró profundamente y asestó el golpe de gracia, el golpe que sin duda ahuyentaría a cualquier hombre. -El año pasado gané cuatro millones de dólares y probablemente ganaré más este año.
Kane no perdió su sonrisa, sino que apretó la nariz contra su oreja.
-Está bien, mi querida. Una persona puede vivir con eso. Cale se apartó de él.
-¿Me estás escuchando ? No soy tu pequeña esposa hogareña. No soy la pequeña esposa que te espera cuando regresas a la noche. Me absorbo tanto en mis historias que me olvido de comer; Con mayor razón me olvidaría de prepararle un Martini a mi maridito para esperarlo. ¿ O acaso bebes solamente cerveza? ¿Y qué quieres decir con eso de que vives en Nueva York?
-Quiero decir que no soy lo que piensas. Yo soy vaquero tanto como tú una acróbata de circo. estoy en la Bolsa; me ocupo de dinero de verdad, no de esa insignificancia que ganas tú.
Ella lo miró pestañeando, con la boca ligeramente abierta. -Sigue -dijo él-, dime qué es lo peor que puedo saber de ti. No importa lo que digas, no importa lo que hayas hecho. Te amo. Quiero casarme contigo. Compraré un piso de este edificio; los chicos y yo viviremos allí con una niñera. Tendrás este lugar para ti sola; podrás escribir y estar lejos de nosotros. Lo que quieras, lo tendrás.
Cale pensó en muchas razones para justificar no casarse con él, por ejemplo, el hecho de odiarlo. Claro, lo odiaba tanto Como odiaba escribir libros. Desde que se había separado de él, no había sido capaz de pensar en otra cosa que no fuera Kane. En cada momento de vigilia o de sueño pensaba en él y en sus hijos.
-Te odio -susurró mientras se derrumbaba entre sus fuertes brazos-. De veras te odio.
-Sí, lo sé -susurró él-. Y no te culpo. Pero si me das el resto de tu vida, tal vez pueda hacerte cambiar de idea.
Cale no pudo hablar porque el nudo que tenía en la garganta la estaba ahogando. Al oír el timbre de la puerta, se apartó de él, tratando de no llorar.
-Tengo que... que...
-Ésos son los chicos. Quieren mostrarte sus libros nuevos y...
-¿Jamie y Todd están aquí?
En un segundo atravesó el departamento y abrió la puerta. Tras un breve momento de duda, los chicos le saltaron al cuello y los tres rodaron por el piso del vestíbulo. Al minuto siguiente, Kane se les unió y los tres varones empezaron a hacerle cosquillas a Cale.
-Contéstame -dijo Kane-. ¡Contéstame ahora!
-Sí -dijo Cale sin dejar de reírse-. Sí, me casaré contigo. Kane apartó a sus hijos de Cale y la abrazó.
-No sé por qué no te reconocí en el primer instante en que nos vimos.
-Yo tampoco lo sé -susurró ella contra sus labios-. Yo tampoco lo sé.